

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

DIRIGIDA POR DÁMASO ALONSO

II. ESTUDIOS Y ENSAYOS, 314

THEODORA BYNON

LINGÜÍSTICA  
HISTÓRICA

VERSIÓN ESPAÑOLA DE  
JOSÉ L. MELENA

412 BYN lin  
Linguística histórica /  
FHCE/120678



BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

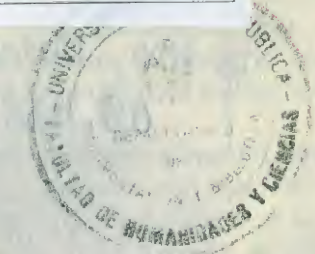
EDITORIAL GREDOS

MADRID

120678

*Barrio 26/12/85*

*412  
Byn  
lin*





préstamos serán tratados de forma independiente en la Segunda Parte.

Los tres modelos escogidos para la descripción serán abordados en orden cronológico. El modelo neogramático fue el primero y aún constituye la base esencial sobre la que se levantaron los modelos estructuralista (o «taxonómico») y generativo-transformativo, que no constituyen otra cosa que elaboraciones y modificaciones de aquél. No obstante, al adoptar posiciones teóricas diferentes respecto a un buen número de puntos, sí que presentan hipótesis alternativas referidas a la naturaleza del cambio lingüístico.

## I

## EL MODELO NEOGRAMATICO

## 1. CUESTIONES BASICAS

Hemos expuesto que un modelo teórico, si tiene que ser considerado idóneo, debe ser capaz tanto de describir, como de explicar los fenómenos observados. De las actitudes imperantes ante el tema y ante la investigación científica en general dependerán qué fenómenos sean seleccionados en realidad para su estudio por parte del lingüista, en un período determinado. Dos cuestiones principales dominaron los primeros pasos de la Lingüística Histórica, a saber, la irregularidad sincrónica dentro de las lenguas específicas y la naturaleza de las semejanzas que existen entre lenguas emparentadas. Como podremos ver, las dos cuestiones están en realidad íntimamente vinculadas.

## 1.1. IRREGULARIDAD SINCRÓNICA

Un problema, que evidentemente requiere una explicación en una lengua, lo constituyen las llamadas formas irregulares, y podría decirse incluso que, cuanto más irregular sea la forma, mayor es la necesidad de que sea explicada. Formas regulares del tiempo pretérito de verbos ingleses como *grabbed* /græbd/ o *hoped* /houpt/ pueden quizá darse por sentado, pero ¿por



qué *to keep* tendría un tiempo pretérito *kept* /kept/ o *to bleed* /bli: d/, *bled* /bled/? Describimos estas dos últimas formas como irregulares, porque no siguen la regla productiva para formar el tiempo pretérito en inglés, que, según la naturaleza del segmento final de la base verbal, emplea como sufijo uno de los alternantes /-d, -t, -id/. Decimos que esta regla es «productiva», porque, si los hablantes nativos de inglés son requeridos a formar el tiempo pretérito de un verbo inglés, real o hipotético, que jamás hayan oído antes, producirán, sin duda alguna, una forma de conformidad con la misma. La formación del tiempo pretérito consiste así en la afijación de una oclusiva alveolar, siendo automática la elección del alternante preciso (es decir, está completamente condicionada por el contexto fonológico). Lo que hace excepcionales a /kept/ y /bled/ es el hecho de que, en ambos casos, la formación de tiempo pretérito implica una alteración de la propia base verbal. Ambos verbos sustituyen la vocal /i:/ de la base por /e/, pero, mientras que, en el caso de /kept/, la alternancia vocálica es añadida simplemente a la sufijación del indicador de tiempo pretérito, constituye en sí misma el indicador, en el caso de /bled/. Ninguno de los dos modelos es productivo en inglés moderno, formando los verbos que los siguen clases cerradas, que sólo pueden definirse dentro de una lista. Sin embargo, el lingüista histórico puede mostrar que, en una fase anterior de la lengua inglesa, las reglas que producían las formas progenitoras de *kept* y *bled* eran tan regulares, en términos de la gramática operante a la sazón, como lo son las que producen *hoped* y *grabbed* hoy, y que, sólo como resultado de cambios fonológicos que han tenido lugar con posterioridad, ha quedado oscurecida su estructura morfológica. De esta forma, en inglés antiguo (o anglosajón, como se lo denomina a veces), los verbos débiles de la clase a la que pertenecían estos dos verbos formaban su tiempo pretérito mediante la sufijación de *-ede* o *-de/-te* a la base verbal, estando fonológicamente condicionada la elección del alternante<sup>1</sup>. En el caso

<sup>1</sup> Verbos de la primera clase débil, a la que pertenecen nuestros ejemplos, tomaban *-ede* tras sílabas breves y, según el segmento prece-

en cuestión, las formas eran *cēpte* y *blēdde*, formadas a partir de las bases *cēp-* y *blēd-* (infinitivos *cēpan*, *blēdan*). Las formas del tiempo pretérito actuales son el resultado de toda una serie de cambios fonológicos subsiguientes, que han actuado sobre las formas del inglés antiguo: en primer lugar, todas las vocales largas se abreviaron ante secuencias de dos consonantes; después una *-e* átona en posición final fue eliminada, y, por último, todas las consonantes largas en final de palabra se abreviaron. Las formas corrientes de los temas temporales de presente, por otro lado, son el resultado de un cambio en la calidad de las vocales largas, cuando no estaban seguidas de dos consonantes, de modo que *ē* (pero no *e*) fue elevada a /i:/ para dar la alternancia actual en la vocal del tema.

Sobre la base de casos como los reseñados, se ha pretendido precisamente que, si una gramática ha de trascender la simple formulación de hechos individuales (como listas de alternantes y de los temas que los acogen) y ha de *explicar* estos hechos, debe ser necesariamente una gramática histórica, en la que se ponga de manifiesto que las formas irregulares están «motivadas» por referencia a reglas actuantes en períodos anteriores de la lengua<sup>2</sup>. Así, las formas irregulares no son formas que

dente, *-de* o *-te* tras sílabas largas (es decir, aquellas que contienen una vocal larga o un grupo consonántico final). Sin embargo, para los verbos débiles en conjunto, la elección del alternante de tiempo pretérito ya estaba en inglés antiguo determinada fonológicamente sólo en parte (Campbell 1959, págs. 321 ss.).

<sup>2</sup> A la vista de su relevancia para las discusiones actuales, el famoso pasaje de Hermann Patil merece la pena de ser citado completo: «Me resta justificar brevemente por qué he escogido el título «Principios de la Historia de la Lengua». Se le ha criticado que un análisis histórico no es el único análisis científico posible de la lengua. Debo rechazar esto. Lo que algunos consideran que constituye un análisis de la lengua no histórico y con todo científico no es realmente otra cosa que un incompleto análisis histórico —incompleto debido en parte a faltas del analista y en parte a los defectos de los datos. Tan pronto como se trascienda la mera enunciación de los hechos específicos y se intente comprender la conexión (entre los mismos), es decir, entender los fenómenos, se entra en el dominio de la historia aunque quizá inconscientemente. Un análisis científico de la lengua no es por supuesto sólo posible



son irreductibles a un tipo de regla, sino simplemente formas que no se compadecen con reglas normalmente productivas.

Este punto de vista se basa en la suposición de que, en cualquier fase dada de la historia de una lengua y para cualquier categoría gramatical particular, existe un solo mecanismo bá-

cuando tenemos a nuestra disposición fases diferentes del desarrollo de una misma lengua, sino también cuando los datos disponibles aparecen simultáneamente. La situación es más favorable cuando nos son conocidas varias lenguas o dialectos emparentados. La labor de la ciencia no es, pues, la simple formulación de qué correspondencias existen entre aquéllos, sino, en la medida de lo posible, la reconstrucción a partir de los datos atestiguados de las formas y significados básicos no atestiguados. Pero, en este proceso, el análisis comparado se hace histórico. E incluso cuando sólo se dispone de una fase determinada del desarrollo de un dialecto aislado, el análisis científico aún es posible en cierta medida. Pero, ¿cómo? Cuando, por ejemplo, se comparan los distintos significados de una palabra, se intenta establecer cuál de ellos constituye el significado básico o a qué significado perdido apuntan. Sin embargo, una vez se establece un significado básico a partir del cual se derivan los demás, se está haciendo una formulación histórica. O bien, si se comparan formas emparentadas y se las deriva de una forma básica común, una vez más se está haciendo una observación histórica. De esta forma, a menos de que se prepare a introducirse en el dominio de la historia, resulta bastante injustificable pretender que las formas emparentadas se deriven de una fuente común. De nuevo podemos afirmar que (dentro de una sola lengua) existe una alternancia fonológica entre formas y palabras emparentadas. Pero, si se desea explicarlas, necesariamente habrá de concluirse que se trata de la secuela de un cambio fonético, es decir, de un proceso histórico. Si se intenta caracterizar la llamada «forma interior» de la lengua, tal como este término es empleado por Humboldt y Steinthal, sólo puede hacerse esto rastreando los orígenes de las expresiones y sus significados básicos. Y por mi parte no puedo concebir cómo podría reflexionarse sobre una lengua con esperanza de éxito sin descubrir al menos en cierta medida cómo llegó a ser como es. El único aspecto, pues, que podría seguir siendo concebiblemente idóneo para una investigación no lingüística, podría ser las consideraciones generales referidas a usos específicos de la lengua, es decir, el comportamiento del hablante en relación con el uso general, que incluiría la adquisición de la lengua. No obstante, el que precisamente estas consideraciones han de conectarse estrechamente con el análisis de la evolución histórica de una lengua, es algo que se pondrá de manifiesto en el curso de las páginas que siguen» (Paul 1970, págs. 20-22).

sico o conjunto de mecanismos que ponen en relación forma y función. Que este ideal de una relación sencilla entre forma y función para cada categoría gramatical tiene, al menos, cierto grado de validez, puede deducirse de la existencia de formas «incorrectas» tales como *goed* (por *went*) y *gooses* (por *geese*), articuladas por los niños de corta edad y, de una forma más importante, a partir de determinados cambios históricos que han tenido el efecto de crear formas iguales para igual función y que, debido a este principio subyacente de uno a uno, se denominan formaciones *analógicas* (véanse págs. 58 y ss.). Por ejemplo, en inglés medio, *helpen* 'ayudar' era un verbo de los llamados «fuertes», que formaban su tiempo pretérito *holp* con un cambio vocálico (como *to get:got* y *to tread:trod* en inglés moderno). No obstante, esta forma no se conserva y hoy, en su lugar, tenemos la forma regular *helped*, creada por analogía. Son bien numerosas las formas regulares de tiempo pretérito en inglés moderno que, según puede mostrarse, son el resultado de esta reacomodación analógica a reglas productivas más tarde, mientras que el cambio inverso, mediante el cual un verbo débil pasa a fuerte, es desde luego muy raro. Toda esta cuestión será abordada nuevamente en la sección que trata del cambio analógico (véase capítulo 1, sección 5.1).

Alternancias de este tipo pueden llevarnos a etapas muy remotas de la historia de la lengua. En el caso de las formas temporales pretéritas débiles como *kept* y *bled*, tenemos que remontarnos hasta la gramática del inglés antiguo para hallar las reglas productivas que las expliquen, y, en el caso de los verbos fuertes, tenemos que retrotraernos aún más lejos. En realidad, sólo remontándonos al antepasado de las lenguas indoeuropeas (capítulo 1, sección 2) podemos poner de manifiesto que la alternancia vocálica entre los tiempos presente y pretérito era en origen la misma que existe ahora en *sing:sang*, *drive:drove*, *bid:bade*, *steal:stole*, *see:saw* y *get:got*, y que la diversidad actual es el resultado de cambios fonológicos y analógicos que han tenido lugar a continuación. En griego antiguo, por ejemplo, la relación era todavía mucho más transparente. Así, en los verbos «abandonar» (presente *'leip-ō*: perfecto



'le-loip-a) y «ver» (presente 'derk-omai: perfecto 'de-dork-a) existía una oposición de una vocal /e/ en el presente frente a una /o/ en el perfecto. Sobre la base del modelo griego de alternancia y de otros testimonios adicionales de otras lenguas indoeuropeas, puede demostrarse que, en la lengua madre de la que han descendido las lenguas indoeuropeas, el verbo presentaba una /e/ en el tiempo presente y una /o/ en el tiempo perfecto (que corresponde al tiempo pretérito del inglés). No vamos a tratar de los detalles en este momento; lo que importa es que, en el caso de los verbos fuertes, la irregularidad de la relación entre las formas temporales de presente y pretérito del inglés puede ser reducida a regularidad solamente en referencia a la gramática de la fase más temprana de las lenguas indoeuropeas. El hiato temporal existente entre la gramática, en la que dichas formas eran regulares, y la gramática del inglés moderno, en la que son «irregulares», es, de esta forma, muy considerable, por supuesto; probablemente la cifra se sitúa alrededor de los 5.000 años.

## 1.2. SEMEJANZAS LINGÜÍSTICAS CRUZADAS

La explicación de la irregularidad sincrónica constituye, de esta forma, una de las razones por las que el estudio sistemático de estados de lengua anteriores se lleva a cabo y se investiga la naturaleza de los cambios que una lengua ha experimentado en el pasado. Otro motivo poderoso es el deseo de explicar por qué lenguas emparentadas presentan formas semejantes, aunque no idénticas, y cómo han surgido las diferencias entre dichas formas semejantes. Por ejemplo, compárese el conjunto de unidades léxicas y de formantes gramaticales en inglés y en alemán de la Tabla I.

TABLA 1

	INGLÉS	ALEMÁN
1 «diez»	ten /ten/	zehn /tse:n/
2 «a, hacia»	to /tu/	zu /tsu/
3 «pezón»	wart /wɔ:t/	Warze /'va:rtsə/
4 «planta»	plant /pla:nt/	Pflanze /'pflantsə/
5 «red»	net /net/	Netz /nets/
6 «sentarse»	sit /sit/	sitzen /'zitsən/
7 «piedra»	stone /stoun/	Stein /ʃtain/
8 «aún»	still /stil/	still /ʃtil/
9 «(el) mejor»	best /best/	(das) Beste /'bestə/
10 «artesa»	trough /trɒf/	Trog /tro:k/
11 «verdadero»	true /tru:/	treu /troü/ («leal»)
12 «invierno»	winter /'wintə/	Winter /'vintər/
13 «acre»	bitter /'bitə/	bitter /'bitər/
14 «agua»	water /'wɔ:tə/	Wasser /'vasər/
15 «mejor»	better /'betə/	besser /'besər/
16 «comer»	eat /i:t/	essen /'esən/
17 «odiar»	hate /heit/	hassen /'hasən/
18 «qué»	what /hwɒt/	was /va:s/
19 «eso»	that /ðæt/	das /da:s/
20 sufijo comparativo	-er /-ə/	-er /-ər/
21 sufijo superlativo	-est /-(i)st/	-(e)ste /-(ə)stə/
22 indicador de tiempo pretérito (de verbos débiles)	-(e)d /-d, -t, -id/	-(e)t- /-ət-, -t-/

La comparación de las dos series de formas permite dos observaciones. En primer lugar, es evidente que, en vista de la naturaleza fundamentalmente arbitraria de la conexión entre forma y significado en la lengua, las formas parejas inglesas y alemanas están muy lejos, por dicha razón, de ser el resultado del puro azar. El principio de arbitrariedad, en otras palabras, exige claramente un nexo *histórico* entre ambos conjuntos. En segundo lugar, puede verse que los elementos que se corresponden difieren, en su respectiva forma fonológica, de un modo sistemático (por ej. /tu/ : /tsu/, /ten/ : /tse:n/, etc.). Sin em-



bargo, la diferencia no es simple, en el sentido en que, donde el inglés presenta, por ejemplo, una /t/, el alemán presenta siempre una /ts/; antes bien, debemos establecer la regla en el sentido de que, allí donde el inglés presenta una /t/, en alemán no se encuentra otro sonido que /ts/, /s/ o /t/. Y lo más importante es precisamente que esta regularidad no se limita a los elementos contenidos en la lista, sino que, en principio (aparte de ciertos préstamos, véase capítulo 6), se aplica en la totalidad de ambas lenguas. Nuestra hipótesis histórica asignará las semejanzas entre las dos lenguas al hecho de que ambas han evolucionado a partir de una sola lengua madre anterior y sus diferencias, a la fragmentación de esa lengua anterior en dos ramas que experimentaron después una evolución independiente. Como podremos apreciar detalladamente más adelante (págs. 78 y ss.), en realidad es posible mostrar que una /t/ del estado de lengua común anterior se conservó en inglés, pero que pasó a /ts/, /s/ o /t/ en alemán, según el contexto fonético. Toda vez que este cambio, que afecta a /t/, estaba regido por una regla, las formas alemanas resultantes están en una relación formal sistemática con sus correlatos ingleses. Y, dado que se aplica idéntico principio al cambio lingüístico en general, puede decirse que las lenguas emparentadas se asemejan entre sí de una forma sistemática.

Este hecho de que tanto la irregularidad sincrónica como las semejanzas lingüísticas cruzadas sólo puedan explicarse en referencia a estados de lengua anteriores y a la naturaleza sistemática del cambio lingüístico, constituye el tema central sobre el que vamos a volver ahora.

## 2. LAS LENGUAS INDOEUROPEAS

El estudio sistemático de la evolución lingüística y la determinación de hipótesis respecto a la naturaleza del cambio lingüístico iban a demostrarse particularmente provechosos en el campo de las lenguas indoeuropeas (véase Tabla en págs. 102

y s.), principalmente debido a la naturaleza del material disponible para la investigación. En primer lugar, esta familia comprende un buen número de grupos de lenguas vivientes, estrechamente emparentados, como el Germánico (inglés, danés, frisón, alemán, sueco, holandés, noruego, islandés), Románico (francés, provenzal, español, catalán, portugués, italiano, sardo, retorromance, rumano), Eslavo (ruso, ucraniano, polaco, checo, serbocroata, búlgaro) e Indoiranio (hindi-urdu, penjabí, gujerati, marathi, cingalés, etc., que constituyen la rama índica, y persa, pashto, kurdo, etc., que constituyen la rama irania). Además de esta riqueza de material actual, existe, para prácticamente cada uno de estos grupos y también para miembros aislados de la familia como el griego, documentos escritos que se remontan muchos siglos atrás —en el caso del indoiranio y del griego hasta el segundo milenio a. C.—, de modo que la investigación de su evolución histórica es posible a lo largo de un período ininterrumpido de dos a cuatro milenios. En segundo lugar, hay testimonios muy antiguos de algunas lenguas indoeuropeas al menos, principalmente de sánscrito védico, de griego micénico e hitita, que muestran que, en el segundo milenio a. C., estas lenguas ya estaban diferenciadas muy considerablemente, haciendo posible reconstruir formas de fecha aún anterior, mediante la comparación de las formas divergentes atestiguadas. De esta forma, la Lingüística Indoeuropea en su conjunto abarca un espacio temporal de al menos cinco milenios. Si han de postularse, pues, principios generales con respecto a la naturaleza de la evolución lingüística, las lenguas indoeuropeas representan el campo de investigación más apropiado y un terreno muy importante en el que comprobar las hipótesis. Así, quizá no sea sorprendente que los asertos teóricos referentes a la naturaleza y regularidad de la evolución lingüística hayan partido de estudiosos que trabajaban en este campo.



## 3. LOS NEOGRAMATICOS

Son los neogramáticos, un grupo de indoeuropeístas que bajaron en la Universidad de Leipzig, o en asociación con la misma, durante las últimas décadas del siglo XIX, los que tienen el mérito de haber colocado la Lingüística Histórica en un camino científico por vez primera, dado que formularon explícitamente los principios metodológicos y los postulados teóricos que guiaron su labor, y los sometieron a una comprobación práctica. Por las décadas de 1860 y 1870, el cuerpo principal de las lenguas indoeuropeas era suficientemente bien conocido y había sido estudiado durante un tiempo suficiente como para que el conocimiento existente sobre las mismas y las hipótesis que explicaban sus historias individuales fueran integradas en «un compendio de gramática comparada de las lenguas indoeuropeas»<sup>3</sup>. De esta forma, los neogramáticos estuvieron ocupados principalmente en la labor práctica de realizar una formulación, de conjunto y ordenada, del cuerpo de conocimiento, que había sido reunido a la sazón, y es en relación con este telón de fondo donde deben contemplarse sus afirmaciones teóricas sobre la naturaleza del cambio lingüístico.

La posición general, desde la que los neogramáticos se acercaron a su objeto de estudio, la constituía la suposición de que el cambio lingüístico debe tener un orden y, de esta forma, ser reducible a una investigación sistemática. Estos estudiosos basaron su esperanza de que la evolución lingüística está regida por reglas en determinados aspectos universales de la propia lengua, es decir, en su empleo por parte de los seres humanos con fines de comunicación, la forma uniforme en que se transmite de una generación a otra, su realización mediante un aparato articulatorio común, etc. Dado que la lengua es, esen-

<sup>3</sup> *Grundriss der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen* de K. Brugmann y B. Delbrück, Strassburg 1886-1900.

cialmente, una actividad humana, se ha argumentado, los principios rectores para el estudio de su evolución deben ser buscados dentro de las reglas generales que rigen la conducta humana<sup>4</sup>.

Para explicar de una forma sistemática los fenómenos del cambio lingüístico, los neogramáticos encontraron necesario postular dos principios fundamentales que rigen el desarrollo de las lenguas a través del tiempo, a saber, el *cambio fonético* y la *analogía*. El cambio fonético tiene que ver con los procesos que actúan a nivel fonológico, mientras que la analogía trata de aquellos que se dan en el nivel gramatical (morfológico y sintáctico). Este acercamiento presupone, pues, una «articulación doble» de la lengua (Martinet 1964, pág. 22), con los niveles fonológico y gramatical estructurados de forma independiente entre sí y exhibiendo cada cual diferentes tipos de regularidad.

## 4. CAMBIO FONETICO: EL PRINCIPIO DE REGULARIDAD

En el nivel fonológico, afirmaban los neogramáticos, el cambio lingüístico está regido por el principio de la *regularidad del cambio fonético*. Éste establece, de una forma bastante general, que las condiciones que rigen un cambio fonético son las pura-

<sup>4</sup> Véase Osthoff y Brugmann 1878; a este artículo se hace referencia frecuentemente como «el manifiesto neogramático»; véanse también Delbrück 1919, Paul 1970, Jankowski 1972. Las posturas expresadas por los neogramáticos eran nuevas en comparación con las que habían pasado antes; sólo unos años antes Schleicher había afirmado que las lenguas eran organismos naturales con «vida» propia, que comprendía un período de progreso evolutivo seguido de un período de degeneración. Consideró que eran organismos por derecho propio por la razón de que las reglas de su evolución eran independientes en apariencia de la voluntad del hombre. Algo de esta actitud persistió en la reflexión de algunos neogramáticos que afirmaron que el cambio fonético era completamente *mecánico*, esto es, fuera de la consciencia del hablante, y, de esta forma, una pura cuestión de fisiología; sólo la *analogía* iba a considerarse como cuestión psicológica (cf. Osthoff 1878a, pág. 13).



mente fonéticas. Aplicado a cambios específicos en lenguas determinadas éste quiere decir que a) la dirección en que un sonido cambia es la misma para todos los miembros de la comunidad lingüística en cuestión (a menos de que esté en curso una división en dialectos), y b) que todas las palabras, en las que se da el sonido que está experimentando el cambio en el mismo contexto fonético, son afectadas por el cambio en idéntica forma (Osthoff y Brugmann 1878). Vertida en términos fonológicos actuales, b) postula que el cambio fonológico avanza a través de alófonos definidos posicionalmente, estando establecida a su vez la posición dentro del armazón de «la palabra» como la unidad lingüística básica<sup>5</sup>.

En el examen siguiente hemos anticipado, en una medida limitada, el estructuralismo. En lugar de hablar de «sonidos», como hubiera sido más acertado, históricamente hablando, he introducido anacrónicamente la distinción entre alófonos y fonemas, que fue llevada a cabo sólo más tarde por la teoría de los fonemas. Dicha hiperinterpretación puede estar justificada, pienso, toda vez que la fonología de los neogramáticos era, en lo que atañe al aspecto sintagmático, implícitamente fonológica. Los neogramáticos comparten con los postuladores de la llamada Lingüística Taxonómica la afirmación de que el nivel fonológico es autónomo e independiente de la estructura gramatical —o, para expresarlo de forma más precisa, que pueden ser formuladas reglas fonológicas que no hagan referencia a la morfología, a la sintaxis y a la semántica.

<sup>5</sup> Según parece, se daba por sentado que la «palabra» era la unidad lingüística por excelencia: de un lado, era una unidad fonológica consistente en sonidos, del otro, era una unidad léxica cuyas diferentes formas se describían en la morfología y a partir de las cuales se formaban oraciones. Con el acento sobre las lenguas escritas del pasado, la segmentación en palabras seguía probablemente las tradiciones estudiosas nativas en las lenguas en cuestión. Las discrepancias entre palabras definidas morfológicamente y palabras definidas fonológicamente se resolvieron al contar con una clase de enclíticas. Trataremos de todo esto nuevamente en el capítulo 3, cuando se examina la cuestión de la naturaleza autónoma o no autónoma de la fonología.

Las reglas, que rigen el cambio fonético, son, pues, exclusivamente 1) fonológicas, dado que son independientes de la función morfológica, sintáctica y semántica de la palabra a cuyos segmentos afectan; 2) son «sin excepción», es decir, que todos los datos que caen dentro del ámbito de una regla deben ser explicados y, si algún dato violase dicha regla y no fuera explicable en referencia a algún otro principio lingüístico, la regla queda invalidada. Podremos apreciar que el ámbito de una regla incluye no sólo su entrada, sino también los límites de su aplicabilidad en términos de tiempo y espacio. En la práctica, esta rigurosa exigencia de una búsqueda sistemática de las razones, que subyacen a las excepciones aparentes, condujo a un progreso espectacular en el campo indoeuropeo, justificando plenamente la posición teórica adoptada. El principio de regularidad era aceptado de forma general, al menos como hipótesis de trabajo, incluso por aquellos que ponían objeciones a la forma en que se formulaba<sup>6</sup>. Sólo este rigor de método hizo posible, en realidad, el aislar determinados principios, fuera del cambio fonético, como determinantes del cambio lingüístico, siendo el más importante el de la analogía y el préstamo (véanse más adelante, sección 5 y capítulo 6).

Como primer ejemplo de un cambio fonético, tomaremos el caso de *Umlaut* (o *metafonía*; a lo largo del libro conservaremos, sin embargo, el término alemán, con el que se conoce universalmente este fenómeno), es decir, la anteriorización de vocales posteriores en determinados contextos en cierto número de lenguas germánicas. La Tabla 2 contiene el grado positivo, comparativo y superlativo de los adjetivos «alto» y «hermoso», junto con los adverbios correspondientes, en tres fases sucesivas de la lengua alemana: el alto alemán antiguo (aproximadamente 800-1100), el alto alemán medio (1100-1500) y el alemán moderno (de 1500 en adelante). (Para las fases anteriores

<sup>6</sup> Schuchardt (1885, Vennemann y Wilbur 1972) puso objeciones al concepto de «excepción» basándose en que se trataba de una simple valoración superficial de los fenómenos y exigía un análisis más profundo de las relaciones entre el cambio fonético y la analogía.



de la lengua sólo tenemos las formas ortográficas, dado que son fonológicas a todos los efectos prácticos; para el alemán moderno se da, además, una transcripción fonológica.)

TABLA 2

ALTO ALEMÁN ANTIGUO	ALTO ALEMÁN MEDIO	ALEMÁN MODERNO
<i>hōh</i>	<i>hōch</i>	<i>hoch</i> /ho:x/
<i>hōhiro</i>	<i>hēhere</i>	<i>höher</i> /'hō:ər/
<i>hōhisto</i>	<i>hēheste</i>	<i>höchste</i> /'hō:kstə/
<i>hōho</i>	<i>hōhe</i>	<i>hoch</i> /ho:x/
<i>scōni</i>	<i>schōne</i>	<i>schön</i> /'fō:n/
<i>scōniro</i>	<i>schōnere</i>	<i>schöner</i> /'fō:nər/
<i>scōnisto</i>	<i>schōneste</i>	<i>schönste</i> /'fō:nstə/
<i>scōno</i> («propiamente»)	<i>schōne</i>	<i>schon</i> /fō:n/ («ya»)

Podrá apreciarse que, en alto alemán antiguo, todas las formas contienen la vocal /o:/, mientras que, en alto alemán medio y alemán moderno, existe una oposición entre la vocal posterior /o:/ y la vocal anterior labializada /ö:/ (cf., por ejemplo, el par mínimo del alemán moderno /'hō:ər/ «un alto» frente a /'hō:ər/ «más alto»). En algunas formas, pues, la /o:/ del alto alemán antiguo se ha conservado esta /o:/, mientras que en otras se ha anteriorizado a /ö:/. Las condiciones, bajo las que debe haberse dado la anteriorización, pueden apreciarse fácilmente a partir de los datos del alto alemán antiguo, es decir, allí donde aparece en la sílaba siguiente una /i/. De aquí puede suponerse que, en alto alemán antiguo, /o:/ tenía dos alófonos, uno posterior y otro anterior, según el entorno fonético: [o:] ante vocales excepto /i/, [ö:] ante una /i/ de la sílaba siguiente, aunque no puede deducirse de los datos cuándo se desarrollaron precisamente los alófonos anteriorizados. No obstante, la anteriorización debe haber constituido una innovación en alguna fase anterior de la lengua, según puede verse

de la comparación con el gótico, el miembro atestiguado más antiguo de la familia germánica. Las formas del alto alemán medio difieren de las del alto alemán antiguo no sólo por tener símbolos ortográficos independientes, *ō* y *æ*, para representar las vocales anterior y posterior, sino también en que las vocales de las sílabas siguientes ya no son distintas, reemplazando una *e* uniforme tanto una *o* como una *i* de la fase anterior. Ello quiere decir que, debido a la neutralización de la oposición entre estas últimas vocales átonas, el factor condicionante, que había determinado la distribución de [o:] y [ö:] en la fase anterior, ya no está presente. El resultado es que [o:] y [ö:] aparecen ahora en entornos idénticos y, por lo tanto, se oponen. En este punto sólo puede decirse que /o:/ y /ö:/ se han convertido en fonemas independientes y, en este momento también, son representados por símbolos ortográficos distintos (Twaddell 1957). Las formas del alemán moderno han perdido sencillamente algunas de las vocales finales átonas.

Esta regla de anteriorización o *Umlaut* afectó en realidad a todas las vocales posteriores, incluidas la /a/ y /a:/, y constituye la fuente principal de gran parte de la variación morfológica del alemán moderno (*gut* /gu:t/ «bueno»: *Güte* /'gü:tə/ «bondad», *Gast* /gast/ «huésped»: *Gäste* /'gestə/ «huéspedes», etc.). La frecuente, aunque no regular, asociación del *Umlaut*, en alemán moderno, con determinadas categorías gramaticales, como por ejemplo el plural o la tercera persona, es, pues, secundaria y sólo consecuencia de la presencia anterior de una vocal *i* en la sílaba, que seguía a la vocal posterior. La formulación de que el cambio fonético actúa con «necesidad ciega» (Osthoff) debe ser entendida precisamente en este sentido: que actúa con independencia de las secuelas gramaticales. Debería señalarse también que, en alemán moderno, la regla de *Umlaut* ya no es productiva y la secuencia de vocal posterior seguida de vocal anterior cerrada en la sílaba siguiente está, desde el punto de vista fonológico, bastante en regla (cf. *gastlich* «acogedor», *rosig* «rosado», *ruhig* «tranquilo», etc.). La validez de la regla se restringía, de esta forma, a un período de tiempo específico.



A modo de segundo ejemplo de cambio fonético, abordaremos la evolución de una /k/ inicial del latín vulgar<sup>7</sup> en francés. La naturaleza del sonido contiguo determinaba si la /k/ inicial pasaba a /s/ o /ʃ/ francesas o si permanecía como /k/ (para los fines de este ejercicio limitado, ignoraremos las diferencias entre el latín vulgar y el clásico).

TABLA 3

	LATÍN	FRANCÉS
1 «lado»	<i>costa</i> /'kosta/	<i>côte</i> /kot/
2 «cuerpo»	<i>corpus</i> /'kɔrpus/	<i>corps</i> /kɔr/
3 «llave»	<i>clavis</i> /'kla:vis/	<i>clef</i> /kle/
4 «cruz»	<i>crux</i> /kruks/	<i>croix</i> /krwa/
5 «cantar»	<i>cantare</i> /kan'ta:re/	<i>chanter</i> /ʃâte/
6 «querido»	<i>carus</i> /'ka:rus/	<i>cher</i> /ʃer/
7 «cera»	<i>cera</i> /'ke:ra/	<i>cire</i> /sir/
8 «ciento»	<i>centum</i> /'kentum/	<i>cent</i> /sā/
9 «comunidad»	<i>civitas</i> /'ki:vita:s/	<i>cité</i> /site/

Puede apreciarse que la /k/ del latín (vulgar), cuando estaba situada ante una vocal posterior o una consonante, ha producido en francés [k], cuando lo estaba ante /a/ produjo [ʃ] y [s] ante cualquier otra vocal anterior. Sin embargo, estos reflejos son fonemas por derecho propio en francés, ya que puede ponerse de manifiesto que se oponen en contextos idénticos:

<sup>7</sup> Emplearemos el término de «latín vulgar» con cierta vaguedad para hacer referencia a esa lengua hablada, muy cercana aunque no idéntica al latín clásico, a partir de la cual se supone que se han desarrollado las lenguas románicas. En rigor, el antepasado de las lenguas románicas es el protorrománico, que se «reconstruye» de la comparación de las lenguas románicas (véase pág. 43). Para los fines que nos ocupan, sin embargo, vamos a tratar el latín clásico como si fuera en realidad el antepasado de las lenguas románicas.

*côte* /kot/ «lado»: *chaud* /ʃo/ «caliente»: *sauter* /sote/ «saltar»; *cité* /site/ «ciudad»: *qui* /ki/ «quien»: *chiffre* /ʃifr/ «cifra». Algunas de las razones para esta evolución pueden ser ilustradas a partir de estos ejemplos. En francés, /k/, /ʃ/ y /s/ ya no están en distribución complementaria, debido a cambios posteriores, que incluían el paso de la secuencia /a/ más /l/ a la vocal posterior /a/ (*calidus* «cálido» que pasa a *chaud* /ʃo/), de modo que [ʃ] aparece también ahora ante vocal posterior. Además, la labiovelar /kʷ/ del latín ha producido una [k] en francés (*quis* «quien» que pasa a *qui* /ki/), de modo que ésta aparece ahora también ante otras vocales, además de las posteriores. La [s] procedente de la /k/ latina, por otro lado, se ha confundido con la [s] procedente de la /s/ del latín, que aparecía ante determinadas consonantes y ante vocales de todo tipo (*septem* «siete» que pasa a *sept* /set/, *saltare* «saltar» que pasa a *sauter* /sote/), produciendo una oposición entre /s/ y /k/ ante vocales anteriores.

Al reseñar qué es lo que ha sucedido en los ejemplos alemanes y franceses, puede decirse que estos cambios llamados *condicionados*, que actúan en contextos fonéticos específicos, constituyen todos ellos una asimilación parcial de segmentos sucesivos de la cadena hablada, ya que la anteriorización de las vocales posteriores, en la vecindad de una vocal anterior cerrada, las distintas palatalizaciones del /k/, en la vecindad de vocales anteriores cerradas y abiertas, y el «debilitamiento» hasta el punto de la pérdida de las vocales finales átonas, pueden ser descritos todos de esta forma. Sin embargo, debe recordarse que hemos establecido los cambios en términos fonológicos, de modo que, por decir que en alto alemán antiguo /'sko:ni/ ha pasado a /ʃö:n/, en alemán moderno, no descartamos la posibilidad de la pronunciación ['skö:ni] en la época del alto alemán antiguo; por el contrario, su existencia, en un período anterior a la neutralización de las vocales átonas debe ser supuesta al menos a partir de su desarrollo posterior. El punto importante lo constituye el rango fonológico de [ö:]. Mientras en alto alemán antiguo [ö:] era sólo un alófono de /o:/, en alemán moderno constituye un fonema independiente



por derecho propio. Hay, por supuesto, ciertas asociaciones muy estrechas de /o:/ y /ö:/, en el nivel *morfológico*, en alemán moderno (véanse págs. 197 y s.). En el caso de los reflejos franceses de la /k/ latina, por otro lado, los reflejos palatalizados /s/ y /j/ están asociados con /k/ de una forma mucho más marginal. Fonológicamente hablando, todos los cambios de este tipo son casos de *escisión* fonológica, es decir, la fragmentación de alófonos a partir de fonemas. Nuestros ejemplos muestran que la escisión actúa de dos formas bastante diferentes: bien un alófono puede escindirse de un fonema y unirse a otro (como en el caso de la [s] francesa procedente de la /k/ del latín vulgar), o bien lo que eran sólo alófonos condicionados de un solo fonema pueden convertirse en fonemas independientes, cuando se viene abajo una oposición en el contexto fonético, que había mantenido su distribución complementaria (como en el caso de /j/ del francés, después de que /a/ más /l/ hubieron producido una vocal posterior, o en el caso del *Umlaut*, después de que una /i/ y una /o/ átonas hubieran pasado a /e/). El término de *escisión primaria* ha sido empleado por los estructuralistas para el primer fenómeno, y el de *escisión secundaria* o *fonologización* para el segundo (Hoenigswald 1960: pág. 77; Jakobson 1972a; véanse más adelante págs. 114 y ss.).

Un efecto de largo alcance del cambio fonético condicionado lo constituye la creación de alternantes morféminos. Las consecuencias morfológicas del *Umlaut*, en alemán, como ya se ha mencionado, juega un papel predominante en la inflexión y derivación. En inglés, las vocales posteriores de las cuales también sufrieron *Umlaut*, las vocales anteriores labializadas resultantes han quedado seguidamente deslabializadas, confundiendo con éstas sus evoluciones ulteriores (/i:/ que pasa a /ai/ y /u:/ que pasa a /au/). Como resultado de estos otros cambios, *mice* /mais/ (inglés antiguo *mȳs*, procedente de *mūs* por *Umlaut*) rima ahora con *ice* (inglés antiguo *īs*) y *king* (inglés antiguo *kyning*, procedente de una forma anterior reconstruida *kuning*) rima con *ring* (inglés antiguo *hring*). Sin embargo, las huellas de *Umlaut*

en la morfología inglesa son más escasas que en alemán, porque muchas de las formas más antiguas han sido reemplazadas. Las reliquias más importantes incluyen *foot* : *feet*, *goose* : *geese*, *mouse* : *mice*, *louse* : *lice*, en la morfología flexiva, y *blood* : *bleed*, *food* : *feed*, *strank* : *strench*, en la derivación morfológica. En esta última categoría, el nexo sincrónico entre la base y el derivado ha sido, generalmente, destruido aún más mediante el cambio semántico; de esta forma, mientras alemán *Tag* «día» y *täglich* «diario» están bien integrados en una relación morfo-semántica, en casos como *Grund* «suelo» y *gründlich* «fundamental», *Punkt* «punto» y *pünktlich* «puntual, puntilloso», ya no se siente una conexión semántica por parte del hablante nativo, de modo que *pünktlich* y *gründlich* están tan aislados desde el punto de vista léxico como *grün* «verde» y *Tür* «puerta», que carecen por completo de formas relacionadas con vocales posteriores.

En contraste con el cambio condicionado, que es lo que hemos estado examinando hasta ahora, el cambio *no condicionado* no depende del contexto fonológico, sino que afecta a todos los alófonos de un fonema. El cambio de la /u/ del latín vulgar a la /ü/ francesa constituye un ejemplo al caso. Contemplado aisladamente, aquí no tenemos otra cosa que un cambio en la realización fonética de un fonema. Sin embargo, el cambio introduce, en realidad, un nuevo *tipo* de sonido, una vocal anterior labializada, dentro del sistema fonológico y así forma parte de su reorganización general (Haudricourt y Juilland 1949, págs. 100-104). Este último aspecto no será continuado, empero, en este punto, dado que presupone métodos de lingüística estructural que no fueron enteramente disponibles para los neogramáticos (véase capítulo 2).

El tipo de cambio fonológico no condicionado *par excellence* es la fusión o coalescencia de dos fonemas en uno solo. Si todos los alófonos de dos fonemas se funden, no hay forma de descubrir retrospectivamente si, en una palabra determinada, el fonema resultante deriva más bien de uno que del otro de los fonemas de origen de esta forma, la fusión aparece descrita como *irreversible*. Por ejemplo, en alemán, los diptongos del



alto alemán medio /ei/, /ou/ y /öü/ se confundieron con las vocales largas /i:/, /u:/ y /ü:/ respectivamente, para dar /ai/, /au/ y /oi:/

## ALTO ALEMÁN MEDIO

«sauce» «pasto» «ratón» «humo» «gente» «alegría»  
/vi:de/ /'veide/ /mu:s/ /roux/ /'lū:te/ /'fröüde/

## ALEMÁN MODERNO

/'vaide/ /'vaide/ /maus/ /raux/ /'loütə/ /'froüde/  
Weide Weide Maus Rauch Leute Freude

Basándonos sólo en el alemán moderno, no hay en absoluto forma alguna de decir si, en una palabra determinada, la fuente de /ai/ era /ei/ o /i:/, de /au/ era /ou/ o /u:/, de /oi/ era /öü/ o /ü:/. Sólo un conocimiento del alto alemán medio o los testimonios comparados de un dialecto que no ha experimentado dicha fusión nos permitirá elucidarlos. No obstante, si sólo determinados alófonos de un fonema se han fundido con los de otro, como en el caso del románico citado arriba, donde los alófonos de /k/ ante vocal anterior cerrada se fundieron con /s/, y, si los contextos condicionantes permanecen intactos, permanecen subsistentes algunas claves respecto a la situación anterior. En este caso, puede establecerse al menos que cualquier /s/, que no estuviera seguida de una vocal anterior cerrada, no procede de /k/. En el contexto de una vocal anterior cerrada, la situación original es, sin embargo, tan irrecuperable como en el ejemplo del alemán.

Como resultado de una fusión, lo que en principio eran formas distintas pueden convertirse en homófonas, por ejemplo, el alemán moderno /'vaide/ que significa tanto «sauce» (de /vi:de/) como «pasto» (de /'veide/), /laip/ que significa «cuerpo» (de /li:p/) y «hoja» (de /leip/). Aunque la ortografía del alemán estándar hace, en ocasiones, una distinción (*Leib* «cuerpo» pero *Laib* «hoja»), esto no ocurre siempre (cf. *Weide* para «sauce» y «pasto»). Estos casos de homofonía son quizá aún más frecuentes en inglés: /mi:t/ *meat* «carne» (inglés anti-

guo *mete*) y *to meet* «encontrar(se)» (inglés antiguo *mētan*); /ri:d/ *reed* «carrizo» (inglés antiguo *hrēōd*) y *to read* «leer» (inglés antiguo *rēdan*), etc.

## 5. ANALOGÍA

La aseveración fundamental neogramática de que el cambio fonológico es totalmente independiente de la estructura en el plano gramatical comporta el corolario de que las estructuras fonológica y gramatical pueden quedarse desfasadas entre sí con el curso del tiempo. Esto quiere decir que las reglas que unen las estructuras fonológica y gramatical pueden exigir reajuste y definición nueva para cada un nuevo estado de lengua.

Como ejemplo de la consecuencia del cambio fonológico sobre la estructura gramatical, podemos escoger el caso de la fusión que afectó a las vocales en las sílabas finales átonas en inglés para dar una única vocal átona, representada en la grafía por medio de una *e*. Este cambio, parejo a la pérdida de *-n* final y *-m* final en estas mismas sílabas<sup>8</sup>, tuvo el efecto, entre otros, de reducir las seis formas diferentes en inglés antiguo del paradigma de nombres de la clase, a la que *stān* «piedra» pertenece, a tres en inglés medio (véase Tabla 4).

<sup>8</sup> Según Baugh (1965, págs. 190 ss.), el desarrollo *-um* > *-an* > *-en* > *-e* fue el resultado de un cambio fonético; Mossé (1959, pág. 71) lo atribuye, por otra parte, a la analogía, lo que explicaría formas adverbiales como *seldom* y *whilom* como reliquias. Sin embargo, Bazell (1975, pág. 102) ha observado que, al menos en textos específicos, *-on* y *-um* se dan uno al lado del otro con una distribución característica, encontrándose *-on* en *pluralia tantum* y en el adverbio *hwilon*, y *-um* en otras posiciones. Del hecho de que el primer grupo no fueran los primeros en perder *-um*, sino también los últimos en conservarlo, Bazell deduce que el cambio de *-um* a *-on* no era irreversible: en determinadas condiciones *-um* de hecho podía restituirse analógicamente.



TABLA 4

INGLÉS ANTIGUO	formas esperadas tras los cambios fonológicos	INGLÉS MEDIO
sing. nom. ac. <i>stān</i>	<i>stān</i>	común <i>stōne</i>
dat. <i>stāne</i>	<i>stāne</i>	
gen. <i>stānes</i>	<i>stānes</i>	gen. <i>stōnes</i>
plu. nom. ac. <i>stānas</i>	<i>stānes</i>	común <i>stōnes</i>
dat. <i>stānum</i>	<i>stāne</i>	
gen. <i>stāna</i>	<i>stāne</i>	

Inmediatamente después se perdió la *-e*, aunque con frecuencia se conservó e incluso se ha generalizado en la grafía. Como resultado de ello, el inglés medio sólo poseía dos formas fonológicamente distintas, *stone* y *stones*, y las únicas formas marcadas fonológicamente eran el genitivo singular en *-s* y el plural, formalmente idéntico, que se había ampliado a partir del nominativo-acusativo a todo el plural. De resultas de ello, el sistema del inglés medio presentaba en realidad sólo dos casos, el «común» y el «genitivo».

Por otro lado, el inglés tenía ahora, por vez primera en su evolución histórica, un exponente independiente de «plural», ya que, en inglés antiguo, los exponentes de esta categoría estaban subsumidos e inseparables de los de caso (esto es, sólo el «nominativo singular», «nominativo plural», «dativo singular», «dativo plural», etc., eran representados por unidades formalmente identificables, no existiendo, pues, semejanza fonológica parcial alguna entre las formas casuales correspondientes del singular y del plural). Por supuesto, «plural» no constituía una nueva categoría sintáctica desde el punto de vista sintáctico, toda vez que la concordancia verbal se había basado por entero en el número (singular o plural) del sujeto de la oración; sólo la representación directa del plural en la morfología suponía precisamente la novedad. Ello puede haber sido resultado de la

fácil segmentabilidad de plurales como *stones* en *stone* y *-s*; en cualquier caso, cualquiera que sea la causa última subyacente, no puede haber duda alguna de que el paradigma reestructurado de esta clase de nombres actuó de modelo en la remodelación ulterior de todo el sistema nominal.

Vamos a ejemplificar este proceso de remodelación con sólo una clase de nombres, a saber, la del tipo *sorg* «tristeza», *rōd* «cruz», *wund* «herida», cuya flexión en inglés antiguo era la siguiente:

singular: nominativo *sorg*, genitivo-dativo-acusativo *sorge*  
 plural: nominativo-acusativo-genitivo *sorga*, dativo *sorgum*

Puede apreciarse con facilidad que, en los nombres de esta declinación, la reducción de las sílabas finales átonas habría tenido el efecto de eliminar por completo todas las distinciones de caso y número. En inglés moderno, sin embargo, las palabras de este tipo poseen formas de genitivo y plural en *-s*, al igual que *stone*. La única diferencia consiste en que, en las palabras de la clase de *stone*, las formas en *-s* están justificadas, en el sentido de que son la continuación de formas acabadas en *-s*, que pertenecían al paradigma de esta palabra, en fases anteriores de la lengua, mientras que las formas antepasadas de *sorrow* «tristeza» y *wound* «herida» jamás tuvieron en sus paradigmas formas en *-s*. La presencia de *-s* en las mismas debe ser, pues, el resultado de una transferencia a sus paradigmas correspondientes de los morfos *-s* desde la clase de *stone*, sobre la base de una segmentación sincrónica: base (esto es, en la práctica, el caso común del singular) más *-(e)s*. La relación entre el paradigma de la clase, que servía de modelo, y el de la clase que resultaba atraída, puede ser expresada en forma de la ecuación *stone: stones = wound: x*, en la que *x* es antes *wounds* que *wound*, forma esta que se esperaría como resultado del cambio fonético regular. Dicha ecuación constituye el armazón tradicional para la descripción del *cambio analógico*. No implica, por supuesto, que el elemento léxico *stone* mismo constituyó el modelo directo para los elementos léxicos *wound* y *sorrow*; todos ellos son sólo representantes convenientes de sus clases



respectivas. Lo que hace especialmente interesantes los cambios analógicos es el hecho de que, a través de los mismos, aprendemos algo de la segmentación morfológica y interpretación funcional de las formas en el momento en que está teniendo lugar el cambio. De esta forma, en nuestro ejemplo, la difusión analógica de *-(e)s* como indicador de plural presupone claramente el colapso del antiguo sistema casual y la productividad de la regla que interpreta el plural como base más *-(e)s*.

En la teoría neogramática, la analogía y el cambio fonológico constituyen los dos componentes básicos del cambio lingüístico. No obstante, en oposición al cambio fonológico, que actúa independientemente de la estructura gramatical y semántica, la analogía se ocupa precisamente de la relación existente entre la estructura fonológica y la estructura gramatical. En realidad, es el propio mecanismo que, bien modificando formas lingüísticas existentes, bien creando otras nuevas, devuelve a su alineación las formas gramaticales y la función gramatical, después de que la relación entre éstas ha sido perturbada por el cambio fonético. Así, podemos distinguir dos tipos de formación analógica<sup>9</sup>, el *cambio analógico* y la *creación analógica*. De esta forma, mientras que el cambio analógico realiza la realineación de los exponentes en relación con alguna categoría gramatical o semántica y no llega a otra cosa que a una redistribución de

<sup>9</sup> Se trata de un intento de traducir el término *Analogiebildung* de Delbrück (1919, pág. 181), esto es, el aspecto diacrónico de la analogía que abarca tanto el cambio analógico como la creación analógica. En el manifiesto neogramático (Osthoff y Brugmann 1878) se emplea *Analogie* para cubrir tanto el concepto sincrónico de analogía corriente en la Antigüedad como sus aspectos diacrónicos. En filosofía griega existieron dos posturas contrapuestas respecto a la relación entre forma y significado en la lengua: (1) que estaba regida por analogía (esto es, por el orden y la regularidad) y (2) que estaba regida por la anomalía (esto es, por la ausencia de esta regularidad). «Las regularidades contempladas por los analogistas eran las de los paradigmas formales dentro de los que las palabras de idéntica condición gramatical tenían idénticas terminaciones morfológicas y estructura acentual, y las que implicaban las relaciones entre forma y significado, por las que las palabras que eran comparables morfológicamente podía esperarse que comportaran significados comparables «analógicos» y «viceversa» (Robins 1967, p. 20).

sus exponentes, la creación analógica produce formas nuevas, al ampliar una correlación existente de forma y función más allá de su ámbito original. Por debajo de ambos tipos de procesos debemos suponer la asociación, por parte del hablante, de funciones lingüísticas específicas con series específicas de formas.

### 5.1. CAMBIO ANALÓGICO

Como se habrá visto en el ejemplo citado, para que un cambio analógico tenga lugar, deben cumplirse dos condiciones. En primer lugar, presupone la identidad funcional, respecto a alguna categoría gramatical o semántica (plural, nombre agente, etc.), de indicadores que son formalmente bastante inconexos, y, en segundo lugar, presupone que la estructura de la forma que actúa como modelo sea morfológicamente «transparente» para el hablante nativo —lo que, desde luego, ocurre siempre en el caso de formas que proceden de reglas productivas. El cambio consistirá, pues, en la sustitución de la forma menos transparente, o ya no transparente, por otra nueva, equivalente funcionalmente, cuya estructura reflejará la del modelo. Esto quiere decir que la segmentación morfológica del modelo será transferida a la forma nueva, de modo que el morfo que represente la categoría compartida en el modelo, se convierte en uno de sus segmentos, tratándose el resto bien como base, bien creándose una nueva base sobre el esquema del modelo. Así, por ejemplo, cuando el indicador de plural *-(e)s* fue trasladado desde la clase de *stone* a la de *wound*, fue sufijado a la única forma superviviente de dicho paradigma, que fue reinterpretada como base. Nuevamente, en el caso del amplio número de verbos fuertes que pasaron a la conjugación débil (véase pág. 39), las anteriores formas temporales de pretérito como *help* fueron sustituidas por otras nuevas regulares del tipo *helped*, de nuevo sobre la base de un análisis del «pretérito» en base (en la práctica, idéntica al tema temporal del presente) más una oclusiva alveolar, siendo automática la elección del alternante.

En realidad, como resultado del cambio analógico de este tipo, más de la mitad de los verbos conservados, que en princi-



pio eran fuertes, han pasado a la conjugación débil, ya desde el periodo del inglés antiguo (Baugh 1965, págs. 195 ss.). Puede demostrarse que este proceso ha sido gradual, con formas débiles que evolucionan primero y se emplean junto con las fuertes durante cierto tiempo y que las suplantán con el tiempo. Sólo en unos pocos casos (*knew*, no *knowed*, etc.) han pervivido las formas fuertes. Formaciones fuertes nuevas son, en comparación, muy escasas, aunque de hecho existen: por ejemplo, *to wear: wore*, *to spit: spat*, *to stick: stuck*, *to fling: flung*, *to dig: dug*, *to string: strung* y, en algunas regiones del inglés de América, *to dive: dove* (Baugh 1965, pág. 197), todas las cuales siguen los modelos de verbos corrientes, en principio fuertes. Quizá debiera añadirse en este contexto que el cambio analógico no sólo opera entre las conjugaciones débil y fuerte, sino también dentro de la clase misma de verbos fuertes, de modo que los verbos fuertes conservados raramente han retenido las formas exactas, que podrían haberse esperado por razones puramente fonológicas a partir de una comparación con las formas correspondientes del inglés antiguo. También debería señalarse que han tenido lugar cambios paralelos en todas las lenguas germánicas y, en realidad, se ha afirmado que las gramáticas de las mismas todavía no se han reacomodado por completo, morfológicamente, a los cambios fonológicos del primer periodo germánico.

El primer resultado de estos cambios analógicos sobre la morfología del nombre y del verbo sólo supuso la realización de una redistribución de los morfos, que representan morfemas gramaticales específicos, lo que condujo a una disminución de la *incidencia* (es decir, de la frecuencia de aparición) de los morfos irregulares, pero a una reducción muy pequeña del número total real de alomorfos que representan estos morfemas. Así, aunque el genitivo en -s se había generalizado en todos los nombres ingleses<sup>10</sup> y no presenta ya un morfo cero como uno

<sup>10</sup> Existen unas pocas colocaciones que a veces se dice que son inaceptables, por ejemplo *the table's legs*; pero otros hablantes aceptarán afortunadamente *one of the dining room table's legs is loose*.

de sus alternantes, el plural en -s todavía alterna con cero, -n y un cambio vocálico en unos pocos casos (*sheep*, *oxen*, *women*, etc.), de forma que todos los alomorfos irregulares no han sido eliminados por entero. Lo mismo puede decirse en el caso de las formas temporales de pretérito del verbo. Aún se conserva un amplio número de verbos fuertes, de modo que el número total de alternantes del morfema temporal de pretérito probablemente se ha conservado relativamente estable. Los cambios no han reducido, pues, sustancialmente el número de reglas requeridas para la formación del plural y del tiempo pretérito, aunque ha aumentado considerablemente la frecuencia de los alternantes regulares. El segundo efecto, que es mucho más decisivo, de estos cambios analógicos incidía sobre el *léxico*, por cuanto aquí produjeron una reducción sustancial del número de temas que presentaban alomorfia. De esta forma, todos los elementos léxicos que pasaron al modelo regular perdieron automáticamente sus alternantes irregulares y cada cual pasó a ser representado por un único morfo a lo largo y ancho de su paradigma. En el caso de la formación del plural, los nombres que no adoptaron el sufijo -s son muy escasos (*feet*, *teeth*, *geese*, *mice*, *lice*, *men*, *women*, *oxen*, *children*, *brethren*, *sheep*), mientras que con los verbos los alternantes irregulares juegan aún un papel preponderante (unos 80 en uso corriente). Vemos que existen, pues, dos facetas para el cambio analógico: de un lado, puede éste tener un efecto regularizador sobre la gramática, al eliminar los alternantes gramaticales o al disminuir por lo menos su frecuencia de aparición, y, del otro, reduce el número total de unidades léxicas irregulares de la lengua.

No obstante, puede también contemplarse el cambio analógico desde el punto de vista de su efecto sobre la *alternancia morfológica*, es decir, sobre el número y configuración de los alomorfos (o alternantes) de los morfemas individuales en paradigmas flexivos y en modelos de derivación (/ki: p/ ~ /kep:/ en *keep: kept*, /gu: t/ ~ /gü: t-/ en *gut* «bueno»: *Güte* «bondad»). Examinados de esta forma, todos los casos de cambio analógico discutidos hasta el momento pueden ser interpretados como ejemplos de *nivelación* analógica, por cuanto han tenido el



efecto de eliminar, o de reducir al menos, la alternancia. Así, desde el momento de su transición a la conjugación débil, el verbo *to help* posee ahora sólo un único alternante /help/, mientras que anteriormente tenía dos, que pueden representarse como /help/ y /h-lp/. Claramente, estos casos de eliminación de la alternancia en el léxico tienen un efecto regularizador sobre la lengua, toda vez que los verbos que han pasado a la conjugación débil ya no necesitan un enunciado para el tratamiento independiente respecto a la formación temporal de pretérito. Esto mismo es también cierto respecto al morfema plural de los nombres. La sustitución de *kine* por *cows* ha aumentado de nuevo la incidencia del morfo plural regular y eliminado un alternante del léxico. En ocasiones, la alternancia no se elimina por completo, sino tan sólo se reduce, esto es, los alternantes se hacen cada vez más parejos, sin que, sin embargo, se llegue a alcanzar la identidad. Así, en alemán moderno temprano, la palabra para «rueda» tenía los alternantes /ra:d-/ y /rat/, mientras que, en alemán corriente, éstos son /ra:d-/ y /ra:t/ (véanse págs. 131 s.).

No obstante, el cambio analógico puede también aumentar la alternancia, en cuyo caso se habla de *ampliación* analógica de una alternancia más allá de su ámbito primitivo. Como norma general, éste es el cambio más raro de los dos. Un ejemplo familiar es la difusión de la denominada «*r* intrusiva» en ciertas variedades del inglés británico de hoy. A partir de elementos léxicos, en los que existe una alternancia entre la vocal final de palabra y una vocal más *r* ante vocal (por ejemplo, *hear* /hiə/ ~ *hearing* /hiəriŋ/, *roar* /rɔ:/ ~ *roaring* /rɔ:riŋ/, *car* /ka:/ ~ *car of* /ka:r-əv/), la /r/ se ha difundido a otros que anteriormente no participaban en la alternancia (por ejemplo, *saw* /sɔ:/ ~ *saw it* /sɔ:r-it/, *law* /lɔ:/ ~ *law of* /lɔ:r-əv/), creando de esta forma alternantes con /r/ en el caso de palabras que, históricamente, jamás tuvieron una /r/. Otro ejemplo lo constituye la difusión analógica en alemán del indicador de plural *-er*, acompañado de *Umlaut* de la base, a partir de una clase nuclear reducida, en la que *-er* era heredado, a un número muy amplio de nombres neutros, cuyos plurales eran idénticos a

sus singulares. Así, sobre el modelo de ciertas formas antiguas como *Kalb* «ternero»: *Kälber* «terneros», *Lamm* «cordero»: *Lämmer* «corderos», innumerables plurales con *Umlaut* en *-er* han sido creados para estos nombres neutros (*Wort* «palabra»: *Wörter* «palabras», *Buch* «libro»: *Bücher*, *Kraut* «hierba»: *Kräuter*, etc.) e incluso para un número reducido de nombres masculinos (*Mann* «hombre»: *Männer*, *Wald* «bosque»: *Wälder*, etc.). Se apreciará que la afijación de *-er* aparece siempre acompañada de un *Umlaut* redundante de la vocal temática, de modo que la alternancia tema sin *Umlaut*: tema con *Umlaut* se ha extendido en realidad fuera de su ámbito primitivo a unidades léxicas, que no la tenían anteriormente. Ello ha producido un aumento de la frecuencia de alternancia en el léxico. Por supuesto, podría argumentarse que sólo se ha aumentado ligeramente la alternancia en las unidades léxicas, ya que muchos de estos nombres poseían ya un alternante sin *Umlaut* con fines de derivación (por ejemplo, la formación del diminutivo, o de un adjetivo en *-lich* o *-ig*). Pero, mientras esto es completamente predecible en el caso del plural en *-er*, en los procesos derivativos la aparición de *Umlaut* es impredecible: *Wort* «palabra», *Wörtchen* «palabrita», *wörtlich* «literal», pero *Holz* «madera», *Hölzchen* «pequeña pieza de madera, taco», *holzig* «lígneo», *Haus* «casa», *häuslich* «doméstico», *Gast* «huésped», *gastlich* «acogedor», *Beruf* «profesión», *beruflich* «profesional», etc. Toda vez que la formación de plural implica automáticamente una alternancia, mientras que ninguno de los procesos derivativos lo hace necesariamente, es más económico tratar cada proceso morfológico como si tuviera su propia regla de alternancia más que intentar ofrecer una regla general para cada base léxica. La extensión de la alternancia morfológicamente redundante no resulta fácil de explicar en términos de economía estructural. Sin embargo, se ha observado en repetidas ocasiones, e incluso se lo ha elevado experimentalmente a la condición de principio, que una forma, que esté más plenamente caracterizada desde el punto de vista morfológico, tiende a ser favorecida en detrimento de otra que esté menos plenamente caracterizada (Kuryłowicz 1966).



El hecho de que hayamos constreñido esta discusión principalmente a la morfología flexiva no carece de significación, ya que, aunque es cierto que también se dan de hecho cambios analógicos en la morfología de la derivación, éstos lo son, por lo general, en una escala bastante limitada. Una razón para esto reside en el hecho de que la alomorfia es una regla definida con menos claridad en la morfología de la derivación, pero el cambio analógico presupone que alguna categoría semántica específica sea representada por dos o más exponentes en concurrencia. Ciertos nombres agentes en *-er* en alemán son un ejemplo al caso. Este tipo se ha difundido a expensas de un tipo más antiguo, cuyos miembros han quedado formalmente irreconocibles como clase, de resultados del cambio fonológico. El nombre agente *Bäcker* «panadero», por ejemplo, ha sustituido, según puede demostrarse, a una forma anterior (que aún pervive dialectalmente) *Beck*. Sobre la analogía de pares de palabras como *fischen* «pescar»: *Fischer* «pescador», *graben* «cavar»: *Gräber* «excavador», *Bäcker* se formó a partir del verbo *backen* «fabricar pan». De una forma pareja, *Trinker* «bebedor», *Geber* «donante», *Helper* «ayudante» reemplazaron a las formas más antiguas del alto alemán antiguo *trinko*, *gebo*, *helfo*, funcionalmente equivalentes. Como resultado de este proceso de remodelación y de la continuada productividad del sufijo *-er*, los nombres de agente que no están formados con este sufijo son, en la actualidad, escasos en alemán.

Las razones para el hecho de que los cambios analógicos se den con menor frecuencia en la morfología de la derivación que en la flexiva, deben ser rastreadas en realidad en las diferencias generales entre los dos sectores. De esta forma, mientras las reglas sintácticas de una lengua pueden exigir que, por ejemplo, todo nombre y todo verbo se flexionen en un número específico de categorías gramaticales, no existen condicionamientos comparables respecto a las reglas de derivación —por lo general es bastante predecible si un determinado derivado va a darse o no en realidad en la lengua, de modo que todas las formas derivadas tienen que ser recogidas normalmente en el léxico. Además, mientras las categorías gramaticales operativas en las reglas

sintácticas tienden a formar clases cerradas relativamente reducidas, las categorías semánticas implicadas en la derivación de nuevas unidades léxicas son, por lo general, bastante numerosas, implicando por lo general cada una sólo un número limitado de bases. A esto debe añadirse el hecho de que, dentro de cualquier conjunto derivativo dado, caracterizado por un esquema formal particular, la relación semántica entre base y derivado no es idéntica en todos los casos. Sucintamente, debido a su papel primariamente léxico y a su participación limitada en la sintaxis, las reglas de derivación están mucho menos sujetas al cambio analógico que las flexivas. En realidad, los dos componentes parecen operar de una forma bastante independiente entre sí, de modo que, con frecuencia, ocurre que una alternancia heredada pervive entre base y derivado, mientras que se elimina en el paradigma flexivo. Por ejemplo, en alemán /tsuxt/ *Zucht* «cría» /x/ ante consonante alterna con cero entre vocales, como en /'tsi:ən/ *ziehen* «criar», pero en el paradigma flexivo de *ziehen* la alternancia ha sido nivelada: 1.ª singular /tsi:ə/, 2.ª /tsi:st/, 3.ª /tsi:t/ y no \*/tsixt/, como se esperaría ante la consonante que le sigue. Este modelo derivativo de nombres en *-t* ya no es, por supuesto, productivo.

## 5.2. CREACIÓN ANALÓGICA

Mientras que el cambio analógico constituye el mecanismo fundamental mediante el cual las reglas morfológicas de una lengua son puestas al día, la creación analógica es aquella mediante la que se renuevan los recursos léxicos y conceptuales. Es un hecho que prácticamente toda innovación léxica, que no sea resultado de un préstamo (véase capítulo 6), está «motivada», es decir, formada por una regla a partir de morfos existentes. La derivación de los adjetivos ingleses en /-əbl/ (*-able*, *-ible*) puede servir para ilustrar la forma en que puede surgir esta regla productiva. El inglés medio tomó en préstamo del francés palabras como *measurable*, *reasonable*, *acceptable*, *agreeable*, *comfortable*, *profitable*; dado que también se toma-



ron en préstamo sus bases respectivas sin el sufijo, bien como nombres (*measure, reason*), bien como verbos (*accept, agree*), bien como nombres y verbos (*comfort, profit*), pudo abstraerse *-able* como morfo con la función de «apto para, hábil para, capaz de ser...» (Marchand 1960, págs. 174 ss.). El modelo iba a hacerse enormemente productivo en inglés, de modo que los adjetivos en *-able* son en la actualidad derivables con entera libertad, especialmente a partir de verbos (*eatable, drinkable, machine washable*, etc.). Se ha sugerido que una de las principales razones para la popularidad de este modelo es sin lugar a dudas el hecho de que no acarrea una alternancia morfológica en la base. Ejemplos más modernos de creación analógica los constituyen los términos para componentes de menú, introducidos recientemente, como *beefburger, cheseburger, eggburger, baconburger* e incluso sencillamente *burger*, todos ellos procedentes de una nueva segmentación y reinterpretación semántica de *hamburger* (¡en realidad, de *Hamburg* «Hamburgo» y no de *ham* «jamón!») y creaciones nuevas como *townscape, seascape, beachscape, moonscape* sobre el modelo del vetusto *landscape*.

La distinción entre cambio analógico y creación analógica es, en cierto sentido, marginal, perteneciente típicamente a un acercamiento basado en un corpus a la lengua en la que todas las formas atestiguadas deben ser analizadas y explicadas. No obstante, si se considera la lengua desde su aspecto creativo, que actúa con reglas en una competencia del hablante, la división pierde mucho de su significado, ya que las mismas reglas, que generan formas existentes, pueden crear con facilidad también otras nuevas. En otras palabras, en un modelo de lengua basado en reglas, la creación analógica puede ser fácilmente explicada bien en referencia a reglas sincrónicas existentes, bien a reglas potenciales en la lengua. Creaciones nuevas como *moonscape* son comprendidas de inmediato, porque están basadas en una regla latente necesaria para explicar *landscape*.

Los casos de formación analógica discutidos hasta el momento han implicado palabras complejas desde el punto de vista morfológico, y no puede haber duda alguna de que la morfología flexiva y la de derivación representan el área de la gra-

mática en la que los efectos del principio analógico son más fácilmente observables. La ampliación de esquemas más allá de su ámbito primitivo, no obstante, también está bien atestiguada en la sintaxis. Tomemos como ejemplo el verbo *lehren* «enseñar», en alemán. En la lengua más antigua, este verbo requería dos acusativos (*einen etwas lehren* «enseñar algo a alguien»), pero, en el alemán de hoy, la persona afectada por la acción puede aparecer igualmente en dativo (*einem etwas lehren* («enseñar algo a(final) alguien»), presumiblemente por la analogía del número bastante amplio de «verbos de tres lugares» que pueden tener un objeto personal en dativo (*einem etwas erzählen/zeigen/geben*, etc. «decir/mostrar/dar a alguien algo») (Behaghel 1923, págs. 700 s.). Otro ejemplo lo proporciona el constante descenso de objetos en genitivo; todavía se dice, en alemán estándar, *der Toten gedenken* «acordarse del muerto», *einer Sache bedürfen* «estar necesitado de algo», con el objeto en genitivo, pero estos verbos son raros y muchos otros verbos con genitivo objeto anteriormente exigido lo han sustituido por un acusativo (*etwas vergessen/dgehren/entbehren/geniessen* «olvidar/deseñar/carecer/disfrutar algo») (Behaghel 1923, páginas 574 ss.)<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> La presente condición sintáctica de las distintas formas casuales queda revelada cuando las oraciones son puestas en pasiva. En el caso de *lehren* el sintagma nominal en acusativo que marca la persona afectada por la acción pasa a ser, como se esperaría, el sujeto gramatical de la oración pasiva, que presenta concordancia en número con el verbo (*sie wurden die englische Sprache gelehrt* «ellos eran enseñados la lengua inglesa: se les enseñaba la lengua inglesa»), en tanto que un sintagma nominal en dativo no puede convertirse en sujeto (*ihnen wurde die englische Sprache gelehrt*, en donde claramente *die englische Sprache* es el sujeto). En el caso de los objetos en genitivo (por ej. *wir gedachten der Toten* «nos acordamos de los muertos», la única pasiva posible es *der Toten wurde gedacht*, donde el sujeto es el impersonal *es* «ello» como en el caso de otros verbos que no adoptan un objeto en acusativo (*es wurde der Toten gedacht* es como *es wurde gesungen* «(la gente) cantó, se cantaba»). Sin embargo, en aquellos casos en los que un genitivo ha sido reemplazado históricamente por un acusativo, la pasiva no es diferente de la de un verbo transitivo cualquiera (*die Toten wurden vergessen* «Los muertos fueron olvidados», como *die Toten wurden begraben* «Los muertos fueron enterrados»).



Debido a la falta de testimonios documentados, resulta más difícil decidir si se está justificado al postular una extensión similar de esquemas en una fase muy temprana de la historia del indoeuropeo. En realidad, se ha sugerido que la exigencia, en las lenguas indoeuropeas, de que todas las oraciones activas posean un sujeto explícito podría ser el resultado de la generalización a los sujetos inanimados de una construcción de actor-acción con un nombre animado en el lugar del sujeto, de modo que, en analogía de oraciones del tipo de *el granjero está arando*, llegaron a crearse formaciones como *la cereza está madurando*, *la vida se quebró*, *el trabajo se paró* (Weisgerber 1963, págs. 233-255).

No vamos a continuar más esta cuestión de las formaciones analógicas en sintaxis. Podría argumentarse que es sólo natural esperar que los desarrollos analógicos predominen en aquellas áreas de la gramática en las que las construcciones se generan esencialmente más por regla que se reproducen sin análisis, y la sintaxis constituye un evidente ejemplo idóneo. Por otro lado, es igualmente palmario que las formaciones analógicas constituyen sólo fenómenos de superficie, mientras que es la reinterpretación funcional de los esquemas heredados la que representa el cambio subyacente (véanse págs. 148 s.).

Si el principio de analogía puede extenderse o no fuera de las formas morfológicamente complejas discutidas hasta ahora, es una cuestión que debería plantearse al menos. Tenemos presentes ciertas formas morfológicamente sencillas que comparten tanto segmentos fonológicos como rasgos semánticos, por ejemplo, en palabras inglesas como *slip*, *slide*, *slime*, *slush*, *slop*; *bump*, *thump*, *clump*, *stump*; en alemán, verbos como *knacken*, *knarren*, *knarschen*, *knirschen*, *knurren*, *knastern*, *knistern*, *knattern* todos referentes a ruidos (Bloomfield 1933, pág. 245, Paul 1970, págs. 177 ss.). Prácticamente todas éstas son innovaciones léxicas y debe suponerse que su formación es resultado de asociaciones simbólicas de sonidos de distintas clases (grupos iniciales, rima), que se basan en última instancia en palabras heredadas. Está claro que las formas no son analizables en el plano gramatical. Su simbolismo fónico, por otro lado, no sólo

es dependiente de las asociaciones «naturales», sino que claramente depende, en cierto grado, de las asociaciones formales-semánticas específicas de la lengua. Una segunda área, en la que el cambio analógico puede afectar a formas sencillas morfológicamente, aparece en las series de palabras, cuyo único vínculo es el semántico, por ejemplo, campos semánticos estrechamente entrelazados como los que contienen numerales o términos de parentesco. De una forma bastante interesante, podría parecer que, normalmente, sólo aquellas formas que están separadas por un único rasgo semántico están en juego. De esta forma, en el caso de los numerales, sólo lo son los números contiguos y en el caso de los términos de parentesco unidades como «hermano» y «hermana», pero no «hermano» y «madre», los que se influyen mutuamente en su forma. Ejemplos serían el latín *novem* «nueve», que presenta una *-m* final en vez de la esperada *-n* por analogía de *decem* «diez», o el griego *hoktō* y *optō*, que se encuentran dialectalmente, además del esperado *oktō* «ocho», presumiblemente por analogía de *heptá* «siete» (Winter 1969).

Finalmente, debería decirse una palabra sobre las formas que de una forma más persistente resisten el cambio analógico —en inglés, por ejemplo, nombres del tipo de *tooth*, *foot*, *mouse*, *man*, *woman*, y verbos como *to be*, *go*, *eat*, *drink*, *will*, *can*, *do*, etc. Puede decirse que todos ellos son miembros del llamado *vocabulario básico* que podría parecer que es el sector de la lengua menos influido por el cambio cultural (véase capítulo 6). Quizá su estabilidad y resistencia al cambio se deba a su frecuencia de aparición muy alta en el discurso y al hecho de que sus formas son adquiridas, por lo tanto, por el niño en una fase temprana, antes de que se hayan adquirido las reglas gramaticales respectivas<sup>12</sup>. Todo lo que puede predecirse en estos casos es que sería su forma probable, en el caso de que fueran a ex-

<sup>12</sup> Parece haber tres fases sucesivas: (1) la adquisición de las formas temporales de pretérito de los verbos; (2) la adquisición de una regla de tiempo pretérito, con generalizaciones «erróneas» (*goed*, etc.); (3) el sistema adulto (King 1969a, pág. 75, según S. Ervin Tripp).



perimentar un cambio analógico, aunque no hay medio de predecir si dicho cambio se dará en realidad alguna vez o no. En el extremo contrario del espectro, formas irregulares raras pueden pervivir también como arcaismos en registros poéticos o religiosos, por ejemplo, pero no en el habla cotidiana( p. ej. en inglés *beseech* : *besought*, *thou* : *thine*, *beloved*, *brethren*, etc.).

#### 6. LA INTERDEPENDENCIA DEL CAMBIO FONÉTICO Y LA ANALOGÍA

Después de ver el cambio fonético y la formación analógica de forma separada, podemos ahora examinar su interrelación esencial, tal como fue vista por los neogramáticos en su teoría de la evolución lingüística. Se recordará que interpretamos los dos tipos de procesos diacrónicos, el cambio fonético y la formación analógica, como si reflejaran la división de la estructura lingüística en dos niveles distintos, el de la fonología y el de la gramática<sup>13</sup>. De esta forma, mientras ambos procesos pueden, en la superficie, producir la adición, la sustitución o la pérdida de segmentos fonológicos tanto en la cadena hablada como en el sistema fonológico<sup>14</sup>, la formación analógica afecta a los fo-

<sup>13</sup> La distinción en ese momento parecería haber sido más bien entre el mecanismo *fisiológico* del cambio fonético, en apariencia fuera de la influencia de la voluntad humana, y procesos analógicos con motivación *psicológica* (cf. Krahe 1970, pág. 13; Paul 1970, págs. 215 s.; Best 1973, pág. 30). Sin embargo, no siempre se hacían formulaciones explícitas con respecto a la relación entre los dos principios.

<sup>14</sup> El cambio analógico puede añadir nuevos miembros a un sistema fonológico. Un ejemplo un tanto artificial es el de la /e:/ (grafía *ä* o *äh*) del alemán estándar, que sólo se encuentra en palabras que tienen (o se pensaba por los gramáticos que lo había tenido) un alomorfo con /a:/ (*Mägen* plural de *Magen* «estómago», *Läden* plural de *Laden* «tienda», *Nähe* «cercanía» de *nah* «cerca»; cf. sin embargo, *blähen* «hinchar», *Ähre* «espiga de trigo», sin alternante de este tipo; obsérvese que *ä* alternante ortográficamente con *a*, que representa /a/ breve, es una mera convención gráfica basada en el mismo principio, pero que no está

nemas y secuencias de fonemas sólo en su papel de elementos de la estructura gramatical, mientras que el cambio fonológico los afecta independientemente de su función gramatical. La diferencia de naturaleza de los dos procesos está reflejada en la diferencia existente entre los tipos de regla en los dos niveles. Las reglas fonológicas son regulares en el sentido de que operan automáticamente sobre cualquier base o entrada que cumple sus términos de referencia, independientemente de las consecuencias que esto pueda acarrear sobre la estructura gramatical. Los cambios analógicos, por el contrario, dependen totalmente de la estructura gramatical y, incluso cuando la regla es establecida con claridad, no puede predecirse si se va a aplicar o no en cualquier caso particular —sólo es posible establecer con referencia a un cambio analógico determinado cuáles *serían* las consecuencias, si tuviera lugar. Esta relación complementaria entre los dos procesos significa que las estructuras gramaticales, que se vuelven opacas o que se encuentran en trance de volverse opacas por efecto del cambio fonético, es muy probable que sean «reparadas» mediante un cambio analógico. Hermann Paul fue incluso más lejos hasta afirmar que no existe cambio fonético alguno que no haya motivado al menos una evolución analógica subsiguiente (1970, pág. 202). Es significativo que dichos reajustes analógicos adopten siempre la forma de cambios que afectan a los exponentes de categorías gramaticales o semánticas específicas (dativo, aoristo, nombre agente, etc.).

Es frecuente que un cambio analógico presente la apariencia de suspender o cancelar un cambio fonético en un contexto gramatical específico. Un ejemplo de este tipo lo constituye el de la «retención», o quizá mejor la «restitución», de /s/ en grie-

por un fonema independiente; fonológicamente representa el mismo fonema /e/ como la grafía *e*). Un ejemplo quizá más natural es el caso de la evolución por analogía de una segunda vocal anterior labializada en un dialecto alemán de Suiza (Moulton 1962); en este dialecto, las formas con *Umlaut* correspondientes a bases con /o/ y /ɔ/ eran en principio idénticas (/ö/), sin diferencias en el cierre vocálico, pero más tarde se creó analógicamente un nuevo fonema /ɔ̃/, de modo que ahora /o/ alterna con /ö/ y /ɔ/ con /ɔ̃/; véase más adelante pág. 180).



go, cuando ésta se había perdido en posición intervocálica, como por ejemplo en el genitivo *géneos* (de *génos* «raza, linaje»), cuando se lo compara con las formas correspondientes en sánscrito (*jánasas*) y en latín (*generis*, con *-r-* procedente de una *-s-* anterior). A pesar de este cambio fonológico, en el aoristo de los verbos vocálicos en griego el indicador temporal /s/ está presente aun cuando aparece en posición intervocálica (*lū-ō* «soltar», aoristo *é-lu-s-a*; *tīmá-ō* «honrar», aoristo *e-tīmē-s-a*). La retención de la /s/ en el aoristo de estos verbos es asignada a la influencia de verbos acabados en oclusiva como *trép-ō* «dar vuelta», aoristo *é-trep-s-a*; *deik-nu-mi* «señalar», aoristo *é-deik-s-a*, en los que la /s/ no habría sido afectada por el cambio fonológico por el hecho de que no se encontraba en posición intervocálica. Los términos «retención» y «restitución» describen, desde luego, los fenómenos en términos de nuestro modelo de descripción basado en reglas; en la comunidad lingüística hubo presumiblemente una coexistencia de formas con y sin /s/ hasta que con el tiempo se generalizó la primera. Veremos la importancia de casos de este tipo, cuando lleguemos a discutir el ataque realizado contra la posición neogramática por parte de la escuela generativo-transformativa (véase capítulo 3).

## 7. RECONSTRUCCIÓN FONOLÓGICA («EL MÉTODO COMPARATIVO»)

Hasta ahora hemos limitado nuestro examen del cambio lingüístico y de los principios que lo rigen a los casos documentados. La importancia fundamental del modelo neogramático radica, sin embargo, en el postulado de que los mismos principios, que pueden ser verificados en la historia de una lengua documentada, pueden suponerse también que se aplican en el caso de la prehistoria lingüística<sup>15</sup>. Esta generalización hace

<sup>15</sup> Esta afirmación parece hoy evidente por sí misma, pero constituyó en su momento un avance importante (Osthoff y Brugmann 1878). En realidad sólo unos años antes del manifiesto neogramático Schleicher,

posible explicar la semejanza parcial de los sistemas lingüísticos de lenguas emparentadas como resultante del hecho de que cada una representa la continuación, mediante un canal de transmisión diferente, de un único sistema lingüístico «inicial». Y, dado; que las lenguas emparentadas han conservado y modificado formas heredadas y reglas de formas diferentes, una comparación sistemática permitiría la recuperación del sistema original del que todas derivan. Esta es, en realidad, la tarea del lingüista histórico de intentar reconstruir este sistema inicial y mostrar cómo las lenguas descendientes han alcanzado su forma presente. En lo que se refiere a las lenguas indoeuropeas, el protoindoeuropeo, su antepasado hipotético, representa el sistema a partir del cual todas sus gramáticas respectivas son, idealmente, derivables mediante regla y es la última instancia a la que las irregularidades sincrónicas de cualquier lengua indoeuropea particular puede ser remontada.

A pesar del hecho de que el cambio fonético y la formación analógica poseen un idéntico rango teórico en el modelo de la evolución lingüística neogramático, no puede haber duda alguna de que, de los dos, el cambio fonológico juega el papel más importante. La principal razón para ello estriba en el hecho de que la formación analógica puede explicar sólo una parte de los fenómenos diacrónicos, en el nivel gramatical, mientras que las reglas del cambio fonético abarcan *todos* los desarrollos en el nivel fonológico. Ya que debe recordarse que la formación analógica está restringida esencialmente a las formas morfológicamente complejas, mientras que los morfos léxicos simples, debido a la naturaleza arbitraria del signo lingüístico, sólo son

Steinthal y otros habían dividido el desarrollo evolutivo y un período de degeneración. De esta forma, cuanto más primitiva o arcaica es una lengua, más rica y más espontánea y más plena es su estructura «orgánica» mientras que la actividad intelectual, la cultura y la civilización destruían esa estructura. Sobre esta base, Schleicher vinculó directamente la degeneración de la estructura morfológica del inglés con el éxito del pueblo inglés en la historia mundial (1869, pág. 35). En la familia indoeuropea se supuso que se alcanzó la cima en las primeras fases de las lenguas específicas, tras lo cual había un continuado proceso de degeneración.

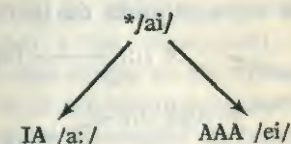


reestructurados por las reglas fonológicas de la lengua. Por lo tanto, a través de estas últimas, precisamente pueden ser establecidas de una forma más fiable las conexiones históricas entre lenguas. El manifiesto neogramático recomienda en realidad recurrir a las hipótesis analógicas «sólo cuando fallan las leyes fonéticas» (Osthoff y Brugmann 1878). Está claro que ya no estamos hablando aquí de principios teóricos, sino de procedimientos prácticos. Estos procedimientos heurísticos son importantes, sin embargo, dado que el lingüista histórico no tiene a su disposición otros datos que las formas y las reglas de las lenguas individuales. Sólo mediante la comparación sistemática de las mismas puede alcanzarse su objetivo, que es conformar un cuerpo de protoestructuras hipotéticas, junto con reglas mediante las cuales las gramáticas de estas lenguas puedan derivarse de aquéllas. En esta sección, vamos a ilustrar la clase de argumento que guía los procedimientos y las decisiones, pero no vamos a realizar intento alguno de formalizarlo. Su justificación última reside en el hecho de que las reglas llegadas bajo su guía relacionan y explican todos los datos de la manera más económica.

#### 7.1. SERIES DE CORRESPONDENCIAS Y PROTOSEGMENTOS

Como ilustración de la reconstrucción fonológica tomemos un ejemplo del campo del germánico. Con muy escasas excepciones, todas las cuales pueden ser explicadas, los elementos léxicos que contienen una /a:/, en inglés antiguo, tienen en inglés moderno unos equivalentes con /ou/ (por ejemplo, *stān* : *stone*, *āc* : *oak*, *hlāf* : *loaf*). Esta correlación es el resultado de un cambio fonético por el que una /a:/ del inglés antiguo evolucionó regularmente a una /ou/ en inglés moderno. No obstante, existe también una relación regular entre /a:/ del inglés antiguo y /ei/ del alto alemán antiguo (cf. las correspondientes formas *stein*, *eih* y *leib* en alto alemán antiguo) y, ya que el inglés antiguo y el alto alemán antiguo eran lenguas contemporáneas, es evidente que esto no puede ser explicado de la misma

forma. La correspondencia regular entre la /ei/ del alto alemán antiguo y la /a:/ del inglés antiguo puede ser explicada, no obstante, empleando el concepto de la regularidad del cambio fonético, si postulamos que el antepasado común del inglés y del alemán poseía un segmento fonológico que, mediante cambio fonético regular, pasó a /a:/ en inglés antiguo, de un lado, y a /ei/ del alto alemán antiguo, de otro. Por razones de plausibilidad fonética y de economía descriptiva, este segmento es representado tradicionalmente por /ai/ y, para indicar que no se atestigua realmente, sino que sólo se postula, lo marcamos con un asterisco: \*/ai/. La evolución habría sido, pues:

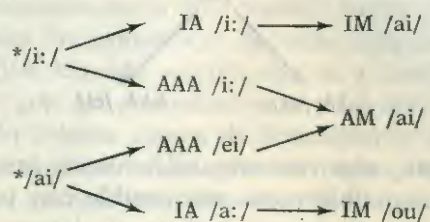


Por supuesto, una reconstrucción como ésta debe ser tan plenamente compatible como sea posible con todos los demás datos que poseemos, lo mismo que el sistema fonológico reconstruido en su conjunto y las reglas que rigen su evolución previa y sus desarrollos posteriores. Como principio general estableceremos ese segmento que cumple todas estas condiciones de la forma más económica y más fonéticamente plausible.

Todo lo que ha ocurrido, en el ejemplo citado arriba, es que el fonema de la protolengua ha evolucionado de forma diferente en su realización fonética en cada una de las dos lenguas, pero, a pesar de esta divergencia, hay aún una correspondencia de uno a uno entre sus reflejos en *cognados* (es decir, en palabras que son la continuación directa en las dos lenguas de un único elemento léxico en la protolengua). Pero hemos visto que un cambio fonético que afecta a un fonema puede, en ocasiones, producir su fusión con otro fonema, de modo que se pierda la oposición que existía entre ellos en el sistema (véase pág. 54). Para mostrar la forma en que puede reconstruirse una fusión así, seguiremos primero las evoluciones experimentadas por /ei/ del antiguo alto alemán y /a:/ del inglés antiguo tal como



es recuperable a partir de los testimonios documentales reales y ver, después, hasta dónde habría sido posible reconstruir estas evoluciones en ausencia de toda documentación. Por las relaciones históricas sabemos que /a:/ del inglés antiguo pasó a /ou/ en inglés moderno y que /ei/ del alto alemán antiguo pasó en alemán moderno a /ai/, y que estos cambios están reflejados en su correspondencia regular en una larga serie de palabras del inglés y alemán modernos (p. ej. *stone* : *Stein*, *loaf* : *Laib*, *home* : *Heim*, etc.). Sin embargo, se recordará que /ai/ del alemán moderno tiene también un segundo origen, a saber la /i:/ del alto alemán antiguo (véase pág. 54). Las series de evoluciones puede ser resumida de la forma siguiente:



Podrá apreciarse que aquellas palabras del alemán moderno, en las que /ai/ procede de /i:/, se corresponderán con no las palabras del inglés moderno en /ou/, sino en /ai/ y, de esta forma, tenemos una segunda serie de palabras, en las que la /ai/ del inglés moderno se corresponde con la /ai/ del alemán moderno (p. ej. *ice* : *Eis*, *tide* : *Zeit*, *my/mine* : *mein*, etc.). En otras palabras, las /ai/ alemanas que proceden de /i:/ se corresponden con la /ai/ inglesa, mientras que las que proceden de /ei/ se corresponden con /ou/ inglesa. Esto quiere decir que, aun si carecemos de testimonios de las evoluciones históricas del alemán, aún seríamos capaces de recobrarlas a partir de una comparación con el inglés, ya que, dado que el inglés no ha experimentado una fusión paralela, la distribución de los dos orígenes diferentes de /ai/ en las palabras del alemán moderno puede ser apreciado por la distribución de /ai/ y /ou/ en sus cognados del inglés moderno. Sin embargo, para que esto sea posible, primero debe mostrarse que es el inglés el que ha conservado

la distribución primitiva de los segmentos y que el alemán ha innovado. Debemos comenzar por la suposición básica de que cada conjunto de correspondencias germano-inglesas refleja un segmento único de la protolengua y que, suponiendo que ningún cambio ha afectado a su contexto fonético, la distribución de los reflejos actuales continúa la de la protolengua. Así, debemos esperar una distribución contrastiva (es decir, la aparición en idénticos contextos) de los reflejos de diferentes protofonemas, pero una distribución complementaria (es decir, en contexto mutuamente exclusivos) de los reflejos de los alófonos de un único protosegmento. Ahora bien, en el caso que estamos considerando, el testimonio de las lenguas descendientes está en conflicto: en inglés /ai/ y /ou/ se oponen, mientras que en alemán sólo existe /ai/ que ocupa su distribución combinada. Por consiguiente, ¿cuál es la lengua que ha conservado la situación antigua y cuál la que ha innovado? Si fuéramos a suponer que fue el inglés el que ha experimentado una innovación y que, en principio, la distribución de los dos protosegmentos era complementaria, ello implicaría que todos los distintos contextos, en los que /ai/ y /ou/ se oponen ahora, deben ser secundarios, esto es, el resultado de cambios fonéticos que afectan al contexto fonológico. A la vista del número muy amplio de pares mínimos y de la gran variedad de contextos implicados (cf. *toe* : *tie*, *loaf* : *life*, *loam* : *lime*, *loan* : *line*, *moan* : *mine*, *rope* : *ripe*, *rode* : *ride*, *boat* : *bite*, *pope* : *pipe*, *drove* : *drive*, etc.) esto es casi imposible. La aparición de la escisión en tal escala y que produzca una diversidad tal es sencillamente inconcebible y supone una suposición infinitamente más compleja que la otra alternativa, es decir, que el inglés ha conservado una oposición originalmente contrastiva, mientras que el alemán ha fusionado los fonemas opuestos en uno solo. Es esta última solución la que adoptaremos, entonces. El paso siguiente consiste de nuevo en la elección de símbolos apropiados para representar los protofonemas de forma tal que los posteriores cambios fonéticos supuestos sean al mismo tiempo mínimos y fonéticamente plausibles —paso éste que ha sido anticipado, por supuesto, en el comienzo de nuestra descripción.



Tras esta reconstrucción de una fusión, consideraremos ahora la reconstrucción de una escisión. Para ello, usaremos los datos ya presentados en nuestra discusión de la semejanza lingüística cruzada. Si volvemos, pues, a la tabla de los pares de palabras inglesas y alemanas recogidos en la pág. 41, se apreciará que todas las formas inglesas contienen un miembro del fonema /t/, mientras que las formas alemanas tienen entre ellas tres fonemas, /ts/, /t/ y /s/, correspondientes a la /t/ inglesa. Hay, pues, tres series de correspondencias:

(A) /t/ : /ts/ (n.os 1-6)

(B) /t/ : /t/ (n.os 7-13)

(C) /t/ : /s/ (n.os 14-19)

Si examinamos los contextos fonológicos en los que cada una de estas series de correspondencias aparece, encontraremos que están casi en distribución complementaria:

(A) aparece en inicial ante vocal (1, 2), en interior tras /r/ y /n/ (3, 4); también aparece en final (5) y quizá en interior en condiciones oscuras (6), pero nótese, sin embargo, que en (5) se opone a (C) en (18, 19) y que en (6) se opone a (C) en (16, 17).

(B) aparece en un grupo obstruyente, inglés /st/ : alemán /ft/ en inicial (7, 8) y /st/ : /st/ en interior (9); por lo tanto, alemán /ft/ y /st/ están en distribución complementaria. También se da en inicial ante /r/ (10, 11) y, en condiciones oscuras, en (12, 13) en interior. Sin embargo, nótese que en (12) se opone con (A) en (4), y en (13) se opone a (C) en (14, 15).

(C) aparece en interior entre vocales (14, 15), quizá también en interior en (16, 17), y en posición final en (18, 19). En todas estas posiciones, sin embargo, se opone a (A) y (B) (véase 5, 6, 13).

El corpus, sobre el que se basan estas observaciones, es, por supuesto, mínimo, pero ha sido escogido deliberadamente para que sea representativo de las regularidades de distribución observables. Si partimos del hecho de la distribución casi complementaria de las tres series de correspondencias, resulta naturalmente tentador suponer que ésta refleja una distribución complementaria original de los protosonidos que los subyacen.

En este caso, una hipótesis razonable sería la de que el inglés ha conservado la situación anterior y que cada uno de los reflejos del alemán continúa un solo alófono definido por su posición de un fonema \*/t/ del ascendiente común. No obstante, esto exigiría que se demuestre que los pocos casos en los que las series de correspondencias se oponen son secundarios, es decir, son el resultado de cambios fonológicos en el contexto subsiguiente a la protolengua. Considerémoslos, por lo tanto, en orden.

Considerados desde la situación actual en inglés y alemán, los elementos (13) *bitter* y (15) *better* parecen indicar idénticos contextos y, de esta forma, esbozaríamos la reconstrucción de una \*/t/ para ambos. Sin embargo, hemos visto en (10, 11) que el alemán presenta /t/ en el contexto de una /r/ contigua. Este hecho nos ofrece una posible clave para la resolución del problema planteado por (12, 13). Supongamos que éstos contenían también en principio la secuencia \*/tr/ y que sólo después esta secuencia fue interrumpida por una vocal, mientras que (14, 15) contenían una vocal desde el principio. En este caso, \*/t/ en (12, 13) y (14, 15) en principio habrían estado en distribución complementaria. Si comparamos ahora los contextos de /t/ en las formas correspondientes de la primera lengua germánica documentada, el gótico, encontramos las formas *baitrs* correspondiente a *bitter* y *batiza* correspondiente a *better*. Si ignoramos la diferencia en el grado vocálico entre el gótico *baitrs* y el inglés y alemán *bitter* y dado que la /z/ gótica se corresponde de forma regular con /r/ en inglés y alemán —fácilmente demostrable por otros datos—, podemos ver ahora por el testimonio gótico que la diferencia esencial entre las dos series de cognados debe residir en la presencia anterior de una vocal tras la /t/ de (15), pero no tras la de (13). De esta forma, podemos postular una oposición original \*/-tr/- : \*/-tVr/- no sólo para el par *bitter* : *better*, sino también para *winter* : *water*. Tras de que la pérdida de las desinencias correspondientes al gótico -s/-a hubiera hecho la \*/r/ de \*/tr/ final de palabra, debe haberse insertado una vocal entre ésta y la \*/t/, eliminando de esta forma la diferencia original de contexto.



Volvamos ahora al problema de (6) en comparación con (16, 17). Aquí, el reflejo de la \*/t/ aparece en posición final en los ejemplos ingleses, pero en posición interior en los alemanes y la primera cuestión que hay que resolver es la de cuál de las dos lenguas refleja el contexto de la protolengua. Es evidente bien que el inglés debe haber perdido la desinencia de infinitivo, bien que el alemán la ha añadido, y el testimonio histórico del inglés antiguo con sus formas de infinitivo *sittan*, *etan*, *hatian* muestra que es lo primero lo que ha tenido lugar. La correspondencia /t/ : /s/ de (16, 17) es, por lo tanto, la «regular» de (C) como en (14, 15). Pero esto deja todavía sin explicar (6) y nos enfrentamos ahora con la situación de que podría parecer que las series de correspondencias (A) y (C) han existido en contextos idénticos, esto es, en interior entre vocales. Por lo tanto, debemos postular alguna diferencia en los contextos que se ha perdido a continuación. Ahora bien, podemos ver que la correspondencia /t/ : /ts/ de (6) es la misma de (A) en (3, 4) en los que el factor contextual condicionante es el de una consonante precedente. Si pudiera demostrarse, entonces, que una consonante precedente se ha perdido en (6), se resolvería el problema. Una clave para la solución es proporcionada por las grafías del inglés antiguo *sittan* «sentarse», en oposición a *etan* «comer»; la *t* geminada representaría, pues, al parecer, una /tt/ larga que cuenta como un grupo y, por lo tanto, podemos postular para (6) un protosegmento \*/tt/, suposición ésta que puede ser confirmada en realidad por otros testimonios. Una suposición semejante resuelve el conflicto aparente entre (5) y (18,19), suponiéndose nuevamente que la protoforma de (5) había tenido una \*/tt/ larga. Esto es también verificable realmente de forma independiente.

Tras haber establecido así la distribución complementaria de las tres series de correspondencias (A), (B) y (C), podemos ahora apreciar que cada una de éstas debe representar un alófono posicional diferente de \*/t/ en la protolengua. Para llegar a la situación en el alemán actual, debemos suponer no sólo cambios fonéticos subsiguientes que los afecten, sino también cambios en sus entornos que produzcan una alteración de su

condición fonológica. Deben haberse dado los procesos fonológicos siguientes: (1) africación de \*/t/ en posición inicial ante vocal (1, 2) y en interior tras \*/n/, \*/r/ o en germinación, siempre que el grupo esté seguido de vocal o de pausa (3-6); (2) asibilación (esto es, el paso a fricativa) de \*/t/ en interior entre vocales (14-17) y en posición final absoluta (18, 19); (3) retención de la oclusión en los grupos \*/st/ y \*/tr/ (7-13). En el nivel fonológico hemos visto ya cómo [ts] y [s] llegaron a oponerse en interior y en final como resultado del paso de la geminada \*/tt/ a [ts] y de una sola \*/t/ a [s] y cómo [t] y [s] llegaron a oponerse en interior, debido a la inserción de una vocal entre /t/ y una /r/ final. Hay además, por supuesto, otras fuentes de [t] y [s] en alemán moderno, con el resultado de que [t], [ts] y [s] se oponen ahora en una gran variedad de contextos. En el inglés de hoy, \*/t/ aparece reflejada sólo en el fonema /t/. Sin embargo, como resultado de la pérdida de contraste entre la \*/tt/ geminada y la \*/t/ simple y la pérdida de determinadas desinencias átonas e igualmente la inserción, como en alemán, de una vocal entre /t/ y /r/ final, las propiedades distribucionales de /t/ difieren en cierta medida de las de la \*/t/ de la protolengua.

Volviendo sobre estos dos ejemplos, uno de la reconstrucción de una fusión y otro de la reconstrucción de una escisión, podrá verse que la técnica empleada refleja de cerca la del análisis fonológico sincrónico. Precisamente, así como en el análisis fonológico los fonos fonéticamente semejantes en distribución complementaria son subsumidos bajo un solo fonema, de igual forma las series de correspondencias en distribución complementaria son subsumidas bajo un único segmento (o protofonema) de la protolengua. Y, por supuesto, las regularidades distribucionales de la protolengua son precisamente decisivas, dado que determinan la condición fonológica en ella del segmento en cuestión.

El término «reconstrucción» para las operaciones analíticas que hemos estado llevando a cabo resulta quizá algo desafortunado, ya que puede conducir fácilmente a una falsa comprensión de la naturaleza de lo que estamos haciendo. Su empleo viene



de una época en que se creía que los métodos de la Lingüística Histórica recuperaban en verdad la realidad lingüística cabal del pasado. No obstante, es bastante inocuo, con tal de que no veamos en él otra cosa que un término técnico conveniente, puesto que las dimensiones del hiato entre construcción y realidad quedan bastante claras, cuando consideramos las bases teóricas de nuestras operaciones. En primer lugar, debe recordarse que los segmentos con los que operamos son fonemas, que son también de hecho abstracciones sin existencia fuera de los fonos que los representan. En segundo lugar, estamos interpretando directamente como cambios fonéticos correspondencias fonológicas entre formas cognadas y nos estamos comportando como si las reglas diacrónicas postuladas fueran idénticas a los acontecimientos históricos, que se suponen que están tras ellas. En tercer lugar, estamos escogiendo, sobre la base de la general validez del principio de la regularidad, las características fonéticas de los protosegmentos de forma tal que sus reflejos en las lenguas descendientes puedan ser derivados de aquéllos del modo más económico y más plausible fonéticamente. Ello quiere decir que, sencillamente, postulamos el mínimo número de protosegmentos y cambios fonéticos posibles como para que no contradigan algo de lo que sabemos sobre los procesos generales del cambio fonético. Considerados en su conjunto, todas estas suposiciones metodológicas tienen que equivaler a un considerable grado de idealización.

## 7.2. REGLAS DIACRÓNICAS: FORMA Y ORDEN

Los cambios fonéticos que postulamos sobre la base de correspondencias fonológicas son, al igual que los protosegmentos, parte del proceso de reconstrucción. Idealmente, tanto en su forma como en su secuencia, tienen que ser considerados como si representaran cambios históricos, que deben haber tenido lugar en un espacio real y en un tiempo real. En la historia de una lengua documentada, los sucesivos estados de lengua aparecen vinculados por reglas, de forma tal que el producto de

cada conjunto de reglas representa un nuevo estado que sirve de entrada o base para el siguiente conjunto de reglas. Sin embargo, en la mayor parte de los casos y debido a las deficiencias de la grafía, se echa en falta un testimonio directo de los cambios reales que han tenido lugar y de los nuevos sistemas que han resultado. Dependemos, pues, únicamente de los datos internos. Y para el cambio prehistórico, sólo los datos internos pueden establecer el orden de las reglas en cualquier caso y, donde este tipo de testimonio falta, los cambios deben ser tratados como si hubieran sido simultáneos. Las limitaciones sobre el posible orden de las reglas son impuestas por la estructura formal de los datos y por el hecho de que las reglas poseen una validez limitada en el tiempo y, de igual modo, por el principio de la economía de la formulación. El ejemplo que sigue ilustrará el método de reconstrucción sobre la base de los datos internos y también sus limitaciones. Obsérvese que, aunque está tomado de un caso de historia de una lengua documentada y aun cuando los cambios se dieron hace bien poco (dentro de los últimos setecientos años), no puede llegarse a una cronología relativa con las convenciones de grafía de los documentos y, de esta forma, sólo se apoya sobre los datos internos. Comparemos las formas siguientes del alto alemán medio (AAM) y del moderno actual (AM):

	«cuerpo»	«mío»	«hoja»	«piedra»	«querido»	«canción»
AAM	/li: p/	/mi: n/	/leip/	/stein/	/liep/	/liet/
AM	/laip/	/main/	/laip/	/ftain/	/li: p/	/li: t/

Necesitamos al menos tres reglas diacrónicas para llegar a las formas del alemán moderno:

- (1) monoptongación (/ie/ > /i:/)
- (2) diptongación (/i:/ > /ai/)
- (3) apertura (/ei/ > /ai/)

Apliquemos estas reglas en el orden citado y obsérvese el producto de cada una:



AAM	/li:p/	/mi:n/	/leip/	/stein/	/liep/	/liet/
(1)					li:p	li:t
(2)	laip	main			**laip	**lait
(3)			laip	stain		
AM	/laip/	/main/	/laip/	/ʃtain/	**laip	**lait

Está claro que «querido» y «canción» no habrían sido pasados por la regla (2), ya que ello da lugar a formas incorrectas (indicadas por el doble asterisco). Por otro lado, el principio de regularidad requiere que, si en un estado de lengua determinado hay una regla que afecta /i:/, entonces todas las /i:/ deben ser sometidas al mismo. Cambiando el orden de aplicación de las reglas, sin embargo, podemos evitar el problema:

AAM	/li:p/	/mi:n/	/leip/	/stein/	/liep/	/liet/
(1)	laip	main				
(2)					li:p	li:t
(3)			laip	stain		
AM	/laip/	/main/	/laip/	/ʃtain/	/li:p/	/li:t/

Esta nueva ordenación produce las formas correctas y es, por lo tanto, una adecuada solución al problema. También podemos apreciar que la regla que cambia /ei/ a /ai/ es independiente de la regla de monoptongación y no importa si la precede o la sigue. La misma observación se aplica en el caso de la regla de diptongación —si aplicamos (3) antes de (2) o (2) antes de (3), conseguimos idéntico resultado:

(3)		laip	stain
(2)	laip	main	

o bien

(2)	laip	main	
(3)		laip	stain

No obstante, podríamos haber obtenido idéntico resultado, formulando la regla de diptongación de una forma diferente, es decir como (2') /i:/ > /ei/ y aplicando (3) después:

(2')	leip	mein	
(3)	laip	main	laip stain

Aparte de demostrar la correlación, en ocasiones imperfecta, entre reglas y cambios históricos reales, formulaciones alternativas de esta clase arrojan luz sobre la relación existente entre forma de la regla y orden de las mismas que, como puede apreciarse, no son independientes entre sí. Al dividir el desarrollo /i:/ > /ai/ en cambios sucesivos, en primer lugar /i:/ > /ei/ y después /ei/ > /ai/, imponemos un orden sobre las reglas que, en la formulación alternativa /i:/ > /ai/ y /ei/ > /ai/, están sin ordenar. El propio modelo no parece que favorezca más una solución que otra. No ha de encontrarse en la bibliografía neogramática una discusión explícita de las alternativas teóricas de este tipo, probablemente debido a que un caso así no habría sido tratado aisladamente de la evolución histórica en los dialectos vecinos íntimamente emparentados y, por supuesto, si examinamos la situación de los dialectos del alemán moderno en su conjunto, encontramos realmente argumentos que favorecen la última solución a expensas de las demás. De esta forma, aunque la diptongación de las vocales cerradas ha afectado a un gran número de dialectos adyacentes, la confusión de su resultado con los diptongos antiguos no es en absoluto universal y es mejor, pues, tratarla como un cambio independiente. Sin embargo, aquí sólo nos ocupamos de la estructura y propiedades del modelo y de la notación de la interdependencia de la forma de las reglas y su orden.

Si volvemos ahora a la cuestión de la reconstrucción, pero esta vez en un contexto de prehistoria lingüística, encontramos que se aplican idénticas consideraciones con la exigencia adicional, no obstante, de que debe escogerse un protosegmento a partir del cual pueda suponerse que han partido los cambios postulados. Está claro que la forma de las reglas diacrónicas, que deben ser establecidas, dependerá de esta elección, pero el orden de las reglas diacrónicas será nuevamente determinado por razones internas. Un ejemplo obtenido de la reconstrucción del protoindoeuropeo servirá para ejemplificar los principios en liza. Comparemos la consonante inicial de los cognados siguientes, en los que los dígrafos *qu* y *hw* representan fonemas únicos, e intentemos reconstruir su fuente en la protolengua:



	LATÍN	INGLÉS ANTIGUO	GRIEGO	SÁNSCRITO	
(1)	-que		-te	-ca	«y» (enclítica)
(2)	quis		tis	(-cid)	«quien» («cualquiera»)
(3)	quod	hwæt		(-kas)	«que» («quien»)
(4)		hwæþer	póteros	katarás	«cuál de los dos»

El hecho de que, tanto en latín como en inglés antiguo, la consonante inicial sea uniforme en todas las formas atestiguadas, sugiere que, probablemente, estamos ante un caso de escisión de fonemas. Al considerar los reflejos en las otras dos lenguas, podemos preguntarnos entonces: ¿qué sonido es el que hubiera dado con mayor probabilidad una oclusiva dental ante vocal anterior, pero una oclusiva labial ante vocal posterior en las formas griegas y que, al mismo tiempo, esté reflejado en las formas sánscritas como palatal y como velar, presumiblemente según el contexto? La lingüística histórica tradicional reconstruye una labiovelar \*/k<sup>w</sup>/ como la solución más económica para explicar todos los hechos. Para dar las formas correctas en las lenguas derivadas, esta labiovelar tendría que haberse conservado sin cambios en latín, haber dado una fricativa en inglés y haber pasado a una oclusiva dental ante vocal anterior y a una oclusiva labial ante vocal posterior en griego. Todos estos cambios no presentan dificultad alguna. En el caso del sánscrito, sin embargo, la situación es claramente más complicada. Aquí puede apreciarse que la labiovelar original, aparte de quedar deslabializada, en determinados casos se ha convertido también en una palatal. Una pista para el factor condicionante responsable de la distribución de /k/ y /c/ hay que encontrarla en las vocales de los cognados latinos y griegos, ya que, donde estas lenguas presentan una vocal anterior (i, e), el sánscrito tiene una palatalización y donde aquéllas presentan una vocal posterior (o), esto no ocurre. Pero, entonces, ¿cómo podemos explicar el hecho de que (1), (3) y (4) tengan vocales idénticas y con todo sólo las dos primeras hayan sufrido palatalización? Es evidente que tenemos que contar con un cambio vocálico y la ordenación relativa de éste y de la palatalización

de la consonante es vital. Así, si, sobre la base de las vocales latinas y griegas, reconstruimos \*/e/ para (1) e \*/i/ para (2) en la protolengua, podemos decir después que estas vocales anteriores deben haber sido las responsables de la palatalización de \*[k] en [c] en sánscrito; para (3) y (4), por otro lado, podemos reconstruir la vocal posterior \*/o/, que no habría tenido efecto sobre la consonante vecina. Ulteriormente, \*/e/ y \*/o/ deben haberse fundido en sánscrito y pasar a /a/ y esta fusión en sus contextos ha motivado que [k] y [c], que hasta entonces habían sido alófonos condicionados por la posición, pasaran a ser fonemas en oposición total. De esta forma, aunque el sánscrito no ha conservado la oposición entre \*/e/ y \*/o/, su presencia anterior que se postula en la lengua es la única manera en que puede explicarse la distribución de /c/ y /k/. La evolución en sánscrito debe haber tenido lugar, pues, en el orden siguiente:

- (I) \*/k<sup>w</sup>/ > /k/
- (II) [k] > [c] ante vocal anterior
- (III) \*/e/ }  
      \*/o/ } > /a/ (con el resultado de /k/ ≠ /c/)

De esta forma, construcción inicial, forma de las reglas y orden de las mismas están en íntima interdependencia. La fonología de la protolengua, junto con los conjuntos de reglas ordenadas mediante las cuales los sistemas lingüísticos de las lenguas descendientes se derivan de ella, forman un conjunto tan integrado, un *système où tout se tient*, como la descripción sincrónica de una lengua. En un ejemplo anterior postulábamos, por ejemplo, una \*/ai/ como fuente de tanto el alto alemán antiguo /ei/ como del inglés antiguo /a:/ por razones de economía descriptiva, siendo ambos reflejos derivables de aquélla mediante reglas fonológicas sencillas. Pero debería observarse que esta solución cuadra también con las reglas más amplias que unen el germánico con las demás lenguas indoeuropeas, derivándose la \*/ai/ en cuestión de \*/oi/ del protoindoeuropeo igual que \*/a/ de \*/o/. Y esta reconstrucción fonológica a su vez hace transparente esquemas de alternancia morfológica que



en las lenguas germánicas habían quedado opacos desde el punto de vista sincrónico. Así, la alternancia de \*/e/ y \*/o/ es básica para la morfología de las lenguas indoeuropeas, por ejemplo en griego /ei/ : /oi/ : /i/ en el presente *léip-ō* «abandonar» : perfecto *lé-loip-a* : aoristo *é-lip-on*. Esta misma alternancia, como resultado de los cambios fonológicos \*/ei/ > \*/i:/ y \*/oi/ > \*/ai/ que tuvieron lugar entre el protoindoeuropeo y el proto-germánico y de \*/ai/ > /a:/ entre el protogermánico y el inglés antiguo, ha quedado completamente oscurecida en inglés (inglés antiguo *rīdan* : *rād* : *riden*, inglés moderno *ride* : *rode* : *ridden*). Pero, aunque sus reflejos /ai/ : /ou/ : /i/ en la gramática del inglés moderno son sincrónicamente bastante opacos, es posible una reconstrucción que los explique y que muestre que su irregularidad es secundaria, el resultado de un cambio fonológico anterior.

## 8. RECONSTRUCCIÓN MORFOLÓGICA Y SINTÁCTICA

Nos hemos limitado hasta el momento a la reconstrucción en el nivel fonológico. Por razones puramente teóricas podría esperarse que los métodos de reconstrucción fonológica fueran parejos a los métodos independientes de reconstrucción morfológica y sintáctica justificados por principios teóricos comparables al de la regularidad de la ley fonética en el nivel fonológico. Sin embargo, no existen principios semejantes en la teoría neogramática, ni para esta cuestión en cualquier modelo subsiguiente (cf. sin embargo, capítulos 2, 3 y 7). La estructura gramatical se reconstruye en principio vía las configuraciones fonológicas de las palabras que son segmentadas, al igual que en análisis sincrónico, en el nivel morfológico y recogidas en paradigmas flexivos y en series de derivación. Los modelos sintácticos se establecen después sobre la base de la distribución de las clases de formas de las oraciones, caracterizadas morfológicamente. Por supuesto, los procesos analógicos tienen que desempeñar un papel importante en esta parte de la gramática, pero depen-

den de estructuras sintácticas existentes más que crear otras nuevas. Para las lenguas indoeuropeas, especialmente en sus fases más antiguas, la reconstrucción sobre esta base se ha revelado como un método muy provechoso, ya que las relaciones sintácticas están señaladas básicamente por las formas morfológicas de lexemas en las oraciones. Los sistemas morfológico y sintáctico reconstruidos se basan, pues, sobre la reconstrucción anterior de los paradigmas nominales, pronominales y verbales y la distribución sintáctica de sus miembros. Quizá debería señalarse de pasada que, sin duda debido a papel único que desempeña, los manuales estructuralistas norteamericanos restringen el uso del término «método comparativo» a la reconstrucción fonológica.

### 8.1. MORFOLOGÍA

El establecimiento por medio de la reconstrucción fonológica de la gama completa de formas flexivas de un lexema resulta necesario para la reconstrucción de la morfología. Ya hemos visto en un ejemplo procedente de la historia del inglés (véanse págs. 56 s.) que un simple cambio fonológico puede, de afectar a las formas de los indicadores y exponentes de las categorías, tener como resultado la reinterpretación funcional de las formas heredadas. Evidentemente, esto tiene que ser tenido en cuenta en la reconstrucción y las formas reconstruidas para la protolengua pueden necesitar un análisis morfológico que difiera fundamentalmente del de las fases posteriores. De esta forma, es posible que tengan que postularse nuevas categorías gramaticales y nuevas clases para explicar la gama (o «dispersión») de las formas reconstruidas de un lexema, y a través de la distribución de los exponentes de dichas categorías y clases se establecen precisamente los modelos sintácticos.

#### *Ejemplo 1: pronombres chinos arcaicos*

Quizá se ilustre mejor este principio con un ejemplo tomado de la prehistoria del chino. Este caso es particularmente cho-



cante, dado que implica la presencia de flexión casual durante una fase de la historia de la lengua que antecede a los primeros textos escritos, sugiriendo de esta forma que el carácter aislante del chino estaba asociado sólo con una fase determinada de su historia (véase pág. 362). El análisis de Karlgren (1949, págs. 72 ss.) está basado en la interpretación funcional de la dispersión en los textos conservados más antiguos de las formas pronominales. Aunque pares de éstas se encontraban en apariencia en variación libre, partiendo de un análisis cuantitativo Karlgren pudo concluir que, en el período inmediatamente anterior a estos textos, debió haber existido una distribución determinada sintácticamente de los pares de formas basada en una oposición entre una función de sujeto-adnominal y una función de objeto. Sobre la base de dicho testimonio, postuló siguiente la distribución de formas:

persona	nominativo-genitivo	dativo-acusativo
1.	<i>wu</i>	<i>wo</i>
2.	<i>ju</i>	<i>erh</i>
3.	<i>ch'i</i> (genitivo)	<i>chih</i>

Cuando se reconstruyeron las protoformas correspondientes sobre la base de las reglas fonológicas establecidas para el chino, Karlgren obtuvo el panorama siguiente:

persona	nominativo-genitivo	dativo-acusativo
1.	* <i>ng-o</i>	* <i>ng-â</i>
2.	* <i>nĭ-o</i>	* <i>nĭ-a</i>
3.	* <i>g'-iəg</i> (genitivo)	* <i>tv-iəg</i>

No nos interesa aquí los valores de los símbolos fonéticos ni el hecho de que hayan sido desde entonces modificados ligeramente (¡después de todo, resulta una experiencia común el que las protolenguas cambien con bastante más rapidez en las manos los estudiosos!). Lo que importa es que las formas reconstruidas son segmentables morfológicamente y los fragmentos que aparecen más de una vez pueden ser asociados con funciones gramaticales: sufijos casuales *-o* y *-a* para la primera y segunda

persona, prefijos casuales para la tercera persona. De todo ello Karlgren concluyó que los pronombres chinos arcaicos se flexionaban para el caso e incluso va más allá y sugiere que, dado que la flexión pronominal presupone la flexión nominal, el chino arcaico debe haber poseído también el caso como categoría del nombre (véase, no obstante, Graham 1969 para una interpretación diferente).

### Ejemplo 2: el sistema casual protoindoeuropeo X

Para el protoindoeuropeo se han reconstruido ocho casos, basándose esta reconstrucción principalmente sobre las primeras fases documentadas de aquellas lenguas indoeuropeas que han conservado un sistema casual bastante completo (notablemente el sánscrito védico, el báltico y las lenguas eslavas). Los morfemas particulares del sistema casual de la protolengua son alcanzados a través de la reconstrucción de los alomorfos, cuyos reflejos tienen una pareja distribución sintáctica en las lenguas particulares y exhiben correspondencias fonéticas regulares entre sí. Los sistemas casuales de aquellas lenguas indoeuropeas que presentan un número de casos más reducido, como las lenguas germánicas, se derivan del protosistema mediante un proceso de: (1) predicción a partir del protosistema reconstruido, sobre la base de las reglas fonológicas, de configuraciones de morfos esperadas y consideración de cuál de éstas existe en realidad; (2) confrontación de las mismas con los exponentes de funciones sintácticas específicas, como objeto de verbos transitivos, etc. La reconstrucción del acusativo protoindoeuropeo en singular, por ejemplo, es notable, dado que lo que las gramáticas sincrónicas de la mayoría de las lenguas indoeuropeas denominan «acusativo» constituye su continuación directa en forma y función. Así, los alomorfos de acusativo *-m*, *-em* y  $\emptyset$  del latín (tipos *mensa-m* de *mensa* «mesa», *homin-em* de *homo* ~ *homin* «hombre» y *genus* de *genus* «linaje») tienen formas correspondientes en otras lenguas indoeuropeas y pueden subsumirse en dos protomorfos en distribución complementaria, *\*-m* (incl. *m* «silábica») y *\*-ə*. En todas las lenguas indoeuropeas que lo han



conservado, el acusativo marca el objeto directo de los verbos transitivos y la meta y extensión en el tiempo y en el espacio de las acciones (*epistulam scribere* «escribir una carta», *Romam ire* «ir a Roma», *triduum manere* «permanecer tres días»), de modo que la reconstrucción de la función original no plantea problemas serios. Para algunos de los demás casos, la situación es más compleja. El «dativo» de las lenguas germánicas tempranas, por ejemplo, une las funciones del dativo protoindoeuropeo, instrumental y locativo e incluso parcialmente del ablativo, mientras que formalmente continúa las formas del dativo, instrumental y locativo indoeuropeas. Así, con una somera simplificación, tenemos la evolución siguiente desde el protoindoeuropeo hasta el alemán moderno:



El sistema alemán es en realidad el resultado de una muy intrincada interacción de evoluciones fonológicas y gramaticales que aún no han sido comprendidas en todos sus detalles.

## 8.2. SINTAXIS

No solamente en el nivel de la morfología pueden tener lugar estos análisis posteriores de formas heredadas, esto puede suceder también en el caso de las estructuras sintácticas. Por ejemplo, se ha afirmado que la conjunción *that* en construcciones inglesas del tipo de *I saw that he was asleep* ('Ví que estaba dormido'), al igual que en las equivalentes del latín vulgar (*quod*) y del alemán (*dass*), es el resultado de una segmentación sintáctica «errónea» por parte del hablante nativo de una construcción que en principio era *I saw that. He was asleep* 'Lo ví. Estaba dormido' (cf. inglés moderno *He was asleep*.

*I saw that* 'Estaba dormido. Lo vi'). Se ha sugerido que, de la misma forma, los llamados tiempos perifrásticos del verbo en diversas lenguas europeas occidentales tenían un origen paralelo en la reinterpretación de construcciones como las del latín vulgar *arborem fici habebat quidam plantatam in vinea sua* (San Lucas 13.6) «alguien tenía una higuera (que estaba) plantada en su viña». Aquí «plantada en su viña» es una cláusula de participio inserta, que actúa de atributo de «higuera»; el nombre y el participio concuerdan en caso y género y el verbo de la cláusula principal es «tener». En las lenguas románicas, esta construcción debe haber sido interpretada después de modo que el participio llegara a tratarse como el verbo principal y «tener» como un auxiliar dentro de la misma cláusula, sin sentirse ya la complejidad sintáctica de la construcción debido a la identidad del constituyente nominal «higuera» en ambas. La secuencia «había plantado» fue adoptada después para oponerla paradigmáticamente a «ha plantado», etc., lo que condujo a una reestructuración total del sistema de tiempos en romance temprano, de donde se supone que la construcción se ha difundido más tarde a las lenguas germánicas (Lockwood 1968, página 115; véase más adelante, capítulo 6).

Pueden también surgir nuevos modelos sintácticos mediante la reinterpretación de palabras específicas en contextos específicos. Así, alemán *weil* «porque» e inglés *since* y *while* empleados con significado no temporal deben ser el resultado de la reinterpretación de conjunciones en principio temporales. En contextos como *He wears only black since his mother died* 'Sólo viste de negro desde que murió su madre' es fácilmente comprensible una interpretación causal de *since*, mientras que el origen del significado «opuesto» de *while* (*While you may of course be right, nevertheless...* 'puedes desde luego tener razón, pero...') probablemente debe ser remontado a oraciones del tipo *While the rich were feasting the poor were starving* 'Mientras los ricos festejaban, los pobres penaban'.



## 9. RECONSTRUCCIÓN LÉXICA

La interpretación semántica determinada por el contexto de formas no se restringe en modo alguno a la sintaxis, puesto que puede decirse también que constituye un mecanismo básico para el cambio semántico en el nivel léxico (Leumann 1927). La palabra inglesa *church* hoy hace referencia no sólo al edificio y a la institución, sino también al acto de ir a la iglesia, y podemos suponer que se debe a la reinterpretación de oraciones como *she returned from church* 'volvió de la iglesia' el que se hagan posibles con el tiempo construcciones del tipo *after church* '\*tras la iglesia'. De la misma forma, las palabras pueden desarrollar o perder connotaciones peyorativas o nobles y lo que en principio era un uso metafórico puede convertirse en el significado normal, de modo que, por ejemplo, el francés *arriver* ha perdido totalmente sus asociaciones originales con el transporte marítimo («llegar a la orilla»). Reinterpretaciones como ésta dependen del hecho de que existe un elemento de discontinuidad entre la formulación por parte del hablante y la interpretación por parte del oyente y, de esta forma, las elocuciones pueden recibir por parte del oyente (incluido el que aprende una lengua) interpretaciones gramaticales y semánticas que no formaban parte de la intención del hablante. No obstante, dado que la interpretación del oyente se basa en el contexto lingüístico, ésta es sistemática en el sentido de que está condicionada por la estructura léxica y sintáctica.

Sin embargo, en la reconstrucción léxica la forma fonológica juega precisamente el papel clave, ya que aquí tenemos de nuevo como criterio sistemático la regularidad del cambio fonético. Si dos palabras de lenguas emparentadas muestran correspondencias fonéticas regulares y sus diferencias semánticas pueden ser explicadas postulando cambios semánticos plausibles a partir de un supuesto significado subyacente anterior, podrá postularse una conexión etimológica entre ambas. La etimología de una

palabra es, pues, su historia formal y semántica retrotraída en el tiempo hasta que se alcance una gramática anterior, o hasta la gramática de una lengua donante, si se trata de un préstamo, cuyas reglas productivas puedan explicarla por completo. El inglés *murder* y el alemán *Mord* «asesino» pueden ser retrotraídos, por ejemplo, respectivamente a las formas nominales protoindoeuropeas \**mrtró-* y \**mrtó-* derivadas de la raíz \**mr-* «morir» (p. ej. latín *mori* «morir», *mors*, *mort-* «muerte»). Los étimos (o formas ascendientes) de *Mord* y *murder* significaban, pues, en principio «muerte», pero la evolución semántica del germánico ha llevado a su significado moderno mucho más específico del «homicidio premeditado e ilegal de un ser humano».

El establecimiento de una conexión etimológica entre palabras de lenguas diferentes o de estados de lengua distintos exige, de esta forma, que las correspondencias fonéticas sean regulares y que las evoluciones semánticas sean plausibles. Si intentamos hacer explícito que se entiende por «plausible», podemos decir que la evolución semántica en cuestión debería tener paralelos en la historia documentada de la lengua o que debería ser reducible a asociaciones semánticas atestiguadas de modo general. Así, el paso del significado «muerte» al de «asesinato» puede ser descrito como la suma de un cierto número de rasgos semánticos (+víctima humana, +ilegal, +intencionada, quizá +violenta, etc.) un tipo de cambio que vincula también pares de cognados como alemán *sterben* «morir» e inglés *starve* «sufrir casi hasta la muerte por hambre o (dialectalmente) por frío», alemán *riechen* «oler» e inglés *to reek* «heder», alemán *schmecken* «degustar» e inglés *to smack of* «saber a», alemán *schmerzen* «ser doloroso» e inglés *to smart* «escocer», que implica una particular variedad de picazón dolorosa. Al igual que en latín *mors*, las palabras alemanas tienen un significado no marcado generalizado mientras que sus cognados ingleses, como *murder*, están todos marcados de alguna forma. Igualmente, en el dialecto suabo del alemán, los equivalentes semánticos del alemán estándar *gehen* «pasear», *laufen* «correr» y *springen* «saltar» son respectivamente *laufen*, *sprin-*



*gen* y *hopfen*; de esta forma, *laufen* ha perdido el rasgo +rápido y pasa a ser el término normal no marcado para «pasear», *springen* ya no está marcado con referencia a la altura sobre la superficie, sino más bien en referencia a la velocidad, y *hopfen* ha venido a ocupar el lugar suyo con el significado de «saltar». Cambios de este tipo pueden ser tratados fácilmente, por lo tanto, de una forma sistemática en términos de rasgos semánticos.

Por otro lado, no debe olvidarse que el léxico es la parte de la lengua que presenta los nexos más directos con la cultura material y espiritual de sus hablantes y que las evoluciones semánticas sólo pueden ser comprensibles en referencia al fondo cultural. Probablemente se vacilaría en proponer una conexión etimológica entre el inglés *dish* «plato» (que significa tanto el objeto como su contenido) y el alemán *Tisch*, que constituye la palabra general para «mesa», a no ser por el informe de Tácito sobre los hábitos alimentarios de los teutones, en el que describe que la comida era servida individualmente a cada persona sobre «un plato de madera que tenía su propio soporte» (*Germania* 22). La investigación conjunta de *Palabras y Cosas* (*mots et choses, Wörter und Sachen*) ha pasado a ser, de esta forma, una rama de la investigación muy provechosa, cuya importancia para la reconstrucción posible del entorno natural y la cultura material de las sociedades prehistóricas será discutida en el capítulo 7.

#### 10. PARENTESCO DE LENGUAS (RELACIÓN GENEALÓGICA O GENÉTICA)

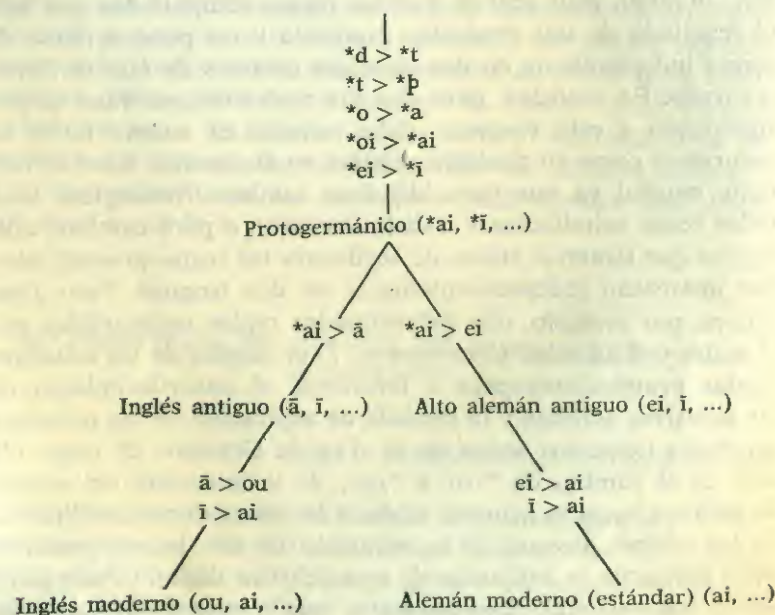
##### 10.1. EL MODELO DEL ÁRBOL GENEALÓGICO

Hay aún otro aspecto del modelo neogramático que requiere una discusión, a saber, el proceso mediante el cual un sistema inicial único evoluciona hacia un número de sistemas independientes —en otras palabras, debemos explicar la aparición de

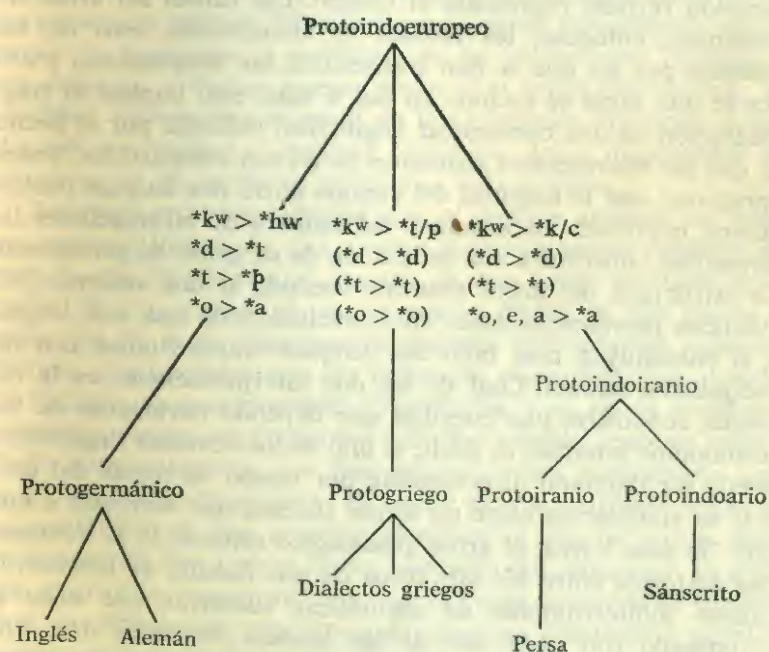
nuevas lenguas—. Hemos dicho que las lenguas están emparentadas, cuando éstas han provenido de un antepasado común y las reglas por las que se derivan de la protolengua representan los cambios que cada una ha sufrido en el período intermedio. Ahora bien, consideremos el caso de dos lenguas emparentadas: éstas, por definición, compartirán las reglas más tempranas y sólo diferirán en aquellas reglas que se han añadido más recientemente. La situación más extrema sería aquella en la que todas las reglas fueran idénticas excepto una sola regla «la más superficial», detentada por sólo una de las lenguas. Esto significaría que sus sistemas lingüísticos serían idénticos con excepción de los efectos de esta otra regla extra. Esta situación podría hallarse en dialectos estrechamente relacionados. En términos generales, cuanto más grande es el número de cambios no compartidos, tanto menos estrechamente relacionados estarán los dos sistemas. Por lo tanto, puede verse que la intimidad del parentesco depende del número de reglas detentadas en común. Sin embargo, esto supone que las reglas compartidas son sólo el resultado de una evolución conjunta y no pueden darse de forma independiente en dos sistemas después de que se hayan separado. En realidad, para que las reglas compartidas tengan significado a este respecto, debe tenerse en cuenta tanto su naturaleza como su posición relativa en el sistema. Esto es bastante natural ya que para idénticos cambios fonológicos limitados como asimilaciones o disimilaciones, o para cambios analógicos que tienen el efecto de «ordenar» las reglas gramaticales, que aparezcan independientemente en dos lenguas. Pero ¿qué ocurre, por ejemplo, con determinadas reglas compartidas por el inglés y el alemán? Considérese: 1) el cambio de las oclusivas sordas protoindoeuropeas a fricativas, el ensordecimiento de las oclusivas sonoras y la pérdida de aspiración de las oclusivas aspiradas (aspectos todos de la «Ley de Grimm», cf. págs. 122 ss.); 2) el cambio de \*/o/ a \*/a/; 3) la mutación del acento de palabra hacia la primera sílaba y la consiguiente debilitación de las sílabas átonas; 4) la evolución de un tiempo pretérito débil mediante la sufijación de una oclusiva dental (o alveolar). Estas innovaciones fundamentales posiblemente no pudieron



haberse dado de forma independiente en los sistemas lingüísticos de dos lenguas diferentes. Deben adscribirse a un período de evolución común para el inglés y el alemán que precedió a sus desarrollos independientes más recientes, ya que los cambios compartidos presuponen una estrecha comunicación entre hablantes, mientras que cambios independientes, por el contrario, presuponen una ausencia de comunicación. En otras palabras, debemos postular para inglés y alemán un período de evolución conjunta como una sola lengua seguido de una escisión en lenguas independientes caracterizadas por sendas innovaciones independientes. La reducción en el número de lenguas según se retrotrae en el tiempo se deduce así del principio de innovaciones compartidas como indicadores de evolución común y la gama y cronología relativa de éstos es la que determina la estructura del árbol genealógico. De esta forma, las reglas compartidas y no compartidas del inglés y alemán mencionadas arriba producen la relación siguiente:



Si llevamos el principio del diagrama arbóreo hacia atrás, en dirección del protoindoeuropeo, encontramos el mismo modelo que se repite, la aparición de innovaciones mutuamente exclusivas, que implican la escisión de la comunidad lingüística original y la pérdida de contacto entre los ascendientes de las lenguas hijas. De esta forma, limitándonos a las innovaciones que ya hemos examinado, la relación existente entre los grupos de lenguas germánicas, griegas e indoiranias ofrece el árbol que aparece a continuación.



Una vez que ha existido pérdida de contacto, sea mediante desplazamiento físico o división política, la evolución independiente en los sectores ahora aislados producirá gradualmente una pérdida de la inteligibilidad mutua y el nacimiento de lenguas nuevas, un proceso éste que puede repetirse un número ilimitado de veces.



La estructura de cualquier árbol genealógico determinado que represente una familia específica de lenguas está determinado, pues, por la gama (es decir, la distribución entre las lenguas miembros) y la cronología relativa (es decir, el orden en que se dan) de sus innovaciones. En el diagrama arbóreo, la dimensión horizontal representa, por lo tanto, el «espacio» en una forma muy idealizada —no en un sentido geográfico absoluto, sino más bien en términos de contacto o de ausencia de contacto entre comunidades lingüísticas—, mientras que la dimensión vertical representa el tiempo. Las ramas del árbol representan, entonces, los canales de transmisión, esto es, los caminos por los que se han transmitido las innovaciones y allí donde una rama se escinde en dos o más, esto implica la fragmentación de una comunidad lingüística, indicada por el hecho de que las innovaciones siguientes ya no son compartidas. Podrá apreciarse que la longitud del camino entre dos lenguas cualesquiera, expresada en términos del número de bifurcaciones intermedias, constituirá una indicación de su grado de parentesco. La estructura del árbol muestra también si dos sistemas lingüísticos representan fases en la evolución de una sola lengua o si constituyen más bien dos lenguas emparentadas con un ascendiente común. Cuál de las dos interpretaciones es la correcta, constituye una cuestión que depende puramente de los testimonios internos, es decir, si uno de los sistemas lingüísticos puede ser derivado directamente por medio de reglas del otro o si su vinculación exige un tercer sistema que subyazca a ambos. De esta forma, el árbol genealógico representa la *continuidad histórica* entre los miembros de una familia de lenguas, la cadena ininterrumpida de gramáticas sucesivas que unen el antepasado con cada una de las lenguas descendientes. Una cadena de este tipo conecta, por ejemplo, el protoindoeuropeo con el inglés, otra con el sánscrito. Traducido a la realidad sociolingüística, este tipo de cadena de transmisión implica una sucesión ininterrumpida de hablantes, que se comunican con entera libertad entre sí y que se consideran ser hablantes de «la misma lengua».

No obstante, no debe olvidarse nunca que el modelo de árbol genealógico sólo resume nuestro estado de conocimiento actual respecto a los miembros atestiguados de una familia de lenguas y sus hipotéticas relaciones entre sí. Resulta imposible decir en qué medida refleja la correcta realidad histórica, ya que se basa sólo en aquellas lenguas que han pervivido hasta hoy o de las que poseemos documentos escritos. Pero, por ejemplo, muchas de las lenguas indoeuropeas deben haberse extinguido y no podemos, naturalmente, tenerlas en cuenta, de modo que el panorama ofrecido por el modelo tiene que estar distorsionado en alguna medida. Pero, aunque nuestra metodología no es capaz de recuperar la totalidad de las evoluciones históricas, sin embargo, debemos operar *como si* el árbol representase la realidad, limitándose el papel de la Lingüística Histórica como disciplina científica a explicar todos los datos disponibles en términos de las hipótesis adecuadas más simples.

Debemos recordar, además, que el modelo arbóreo no tiene en cuenta el hecho de que pueden darse idénticos cambios en más de una de sus ramas, después de que hayan quedado separadas. De esta forma, si una lengua se divide en dos ramas y cada una de éstas experimenta después innovaciones independientes, que implican que sus hablantes respectivos han dejado de formar una sola comunidad lingüística, y, si, en un momento posterior, ambas experimentan idéntico cambio, esto no quiere decir necesariamente que han pasado a ser nuevamente una sola comunidad lingüística. El hecho es que, bastante lejos de la posibilidad de que cambios idénticos se den de forma independiente en dos lugares como resultado del puro azar, cuando las lenguas se encuentran en una estrecha proximidad geográfica, con frecuencia experimentan cambios idénticos o parejos como resultado de innovaciones que se difunden por encima de las fronteras de las lenguas. Pero esta difusión ondular de innovaciones en tiempo real y en espacio real (esto es, geográfico), que es simplemente una forma especial de préstamos, se aplica igualmente a lenguas en contacto, emparentadas o no. Este fenómeno nos ocupará en la segunda parte del libro. Por el momento, nos bastará señalar que no describimos dos lenguas



	2000 a. C.	1000 a. C.	a. C. d. C.	1000 d. C.
Albanés				Albanés
Griego	Griego micénico	Griego homérico Griego clásico	Coiné	Griego
Anatólico	Hitita Luvita Palaíta/ Hitita jeroglífico/	Licio/ Lidio/		
Tocario			Tocario A/ Tocario B/	
Indoiranio	Indico (Indoario)	Sánscrito védico	Sánscrito clásico Prácrito Pali	Hindi, Urdu Penjabi Gujerati Bengali Assamese Sindhi Cingalés
	Iranio		Avéstico/ Persa antiguo	Pahlavi Sogdio/ Kotanes/ Persa Curdo Pashto Balochi Oseta
Armenio			Armenio clásico	Armenio

	2000 a. C.	1000 a. C.	a. C. d. C.	1000 d. C.
Eslavo			Eslavo eclesiástico antiguo	Búlgaro Serbocroata Checo Eslovaco Polaco Ruso
Báltico				Lituano Letón Prusiano antiguo/
Germánico			Gótico Noruego antiguo	Islandés Noruego Sueco Danés
			Inglés antiguo Alto Alemán antiguo	Inglés Holandés Alemán
Celta			Celta continental/ Irlandés antiguo	Irlandés Gaélico Galés Bretón Córnico
Itálico			Latín	Francés Español Catalán Portugués Italiano Retorromance Rumano
			Oscó/ Umbro/	



como si hubieran sufrido *el mismo cambio*, si se sabe que han estado considerablemente alejadas geográficamente o si los cambios no se dieron aproximadamente en el mismo lapso de tiempo.

Idealmente, esta sección debería concluir con un árbol que presentara la relación existente entre todas las lenguas indoeuropeas atestiguadas históricamente. No obstante, en la práctica, si intentamos ponerlas en forma de árbol, frecuentemente esto puede hacerse sólo a expensas de imponer sobre algunas de ellas una relación falsa de ascendiente y descendiente, y ello, porque el material real, con el que el lingüista tiene que operar, no consiste en muestras paralelas bien definidas igualmente representativas de todas las ramas y todos los períodos, sino más bien el producto de una conservación debida al azar o a otros factores no lingüísticos. Así, los documentos escritos a los que damos los nombres de persa antiguo y pahlavi, aunque íntimamente emparentados y pertenecientes a períodos de tiempo sucesivos, no representan en rigor dos gramáticas sucesivas a lo largo de un único canal de transmisión. Por lo tanto, aunque el ascendiente directo del pahlavi debe estar más próximo al persa antiguo que a cualquier otra lengua de la que tengamos documentos reales, el intento de forzarlos en una relación directa dentro del modelo del árbol genealógico sólo puede tener como resultado una distorsión de la realidad. Por ello, nos vamos a contentar con relacionarlos en la carta (en las págs. 102 y 103) de una forma vaga según ramas y períodos las principales lenguas de la familia indoeuropea para las que se conserva material real y reservaremos el árbol genealógico para la presentación de las reglas que relacionan sistemas sucesivos, bien sea atestiguados o reconstruidos (obsérvese que una barra inclinada tras el nombre de una lengua indica que se trataba del último miembro superviviente de su rama).

## 10.2. PROTOLENGUAS

La justificación del modelo de evolución de lenguas neogramático reside principalmente en el poder explicativo que el

protosistema de una familia de lenguas posee con respecto a las semejanzas que existen entre sus miembros. En la formulación de Franz Bopp (1833-54, pág. V): «No importa que existan diferencias superficiales en determinados puntos en las gramáticas; todo lo que importa es que estas diferencias hayan sido producidas por leyes generales y que podemos rastrear los caminos perdidos por los que una lengua ha evolucionado a partir de una forma anterior. Las diferencias dejan de serlo tan pronto como se han establecido las leyes».

Una protolengua no es otra cosa que una construcción teórica ideada para unir por medio de reglas los sistemas de lenguas históricamente emparentadas de la forma más económica posible\*. Resume, pues, nuestro estado actual de conocimientos con respecto a las relaciones sistemáticas de las gramáticas de las lenguas emparentadas<sup>16</sup>. Resulta difícil decir si está tan cercana a la realidad lingüística que presupone como, por ejemplo, una gramática de la lengua inglesa con la realidad hablada hoy en día. Cuando se trata de estados de lengua pasados, es posible predecir la distancia entre la construcción y la realidad sólo en casos en los que poseemos testimonios documentales con respecto al antepasado o cuasiantepasado, tal como lo ofrece el latín en el caso de las lenguas románicas (Hall 1950) o el sánscrito en el de las indoarias (Pattanayak 1966). Una comparación entre los sistemas lingüísticos del latín clásico y del protorromance reconstruido, por ejemplo, debería proporcionar idealmente, una comprobación válida de la adecuación de

\* El lector hallará una excelente introducción a esta cuestión en el libro de L. Michelena, *Lenguas y protolenguas* Salamanca 1963. [N. del T.].

<sup>16</sup> Los paralelos entre este modelo diacrónico y el modelo transformativo de la descripción sincrónica son evidentes: ambos operan con un sistema subyacente que es una pura construcción y los sistemas superficiales directamente observables que se derivan del sistema subyacente por medio de reglas de dirección única. En la lingüística histórica, el sistema subyacente se caracteriza por su precedencia en el tiempo, en la lingüística generativo-transformativa por su precedencia en el proceso generativo. No obstante, en ambos modelos, posee un poder explicativo respecto a las estructuras directamente accesibles (cf. Meillet 1937, capítulo 1; Ardener 1971).



la construcción. En realidad, la cuestión aparece complicada por un factor sociolingüístico, a saber, el hecho de que hay pruebas de un hiato considerable entre la lengua literaria, enormemente estandarizada, de los documentos y la lengua hablada del pueblo. Y, puesto que, después de todo, es esta última la que se supone que ha sido la fuente de las lenguas románicas, esto quiere decir que cada vez que hay una diferencia entre la lengua clásica conservada y el protorromance reconstruido, debe decidirse en primer lugar si tiene que ser adscrita a la laguna sociolingüística entre las dos variedades del latín o a las limitaciones de los métodos de la reconstrucción lingüística. Casos comprobatorios de este tipo no sólo son importantes como justificación empírica de nuestros métodos de reconstrucción, también nos proporcionan una idea de la *velocidad* a la que tiene lugar el cambio y, de esta forma, el grado de diferenciación entre los descendientes que es conseguible en un período de tiempo dado.

Otra oportunidad para conjeturar la adecuación de las construcciones de la lingüística histórica puede venir cuando, tras la reconstrucción, muestras de estados lingüísticos pasados surgen en forma de inscripciones u otros documentos escritos exhumados por azar o como resultado de una excavación sistemática. Estos documentos requieren en primer lugar que la lengua en que cada una esté escrito sea situada, si es posible, dentro de una familia de lenguas conocida. Si puede ser puesta en relación con una familia específica conocida, entonces, para determinar su posición exacta dentro de dicha familia, deben buscarse datos de la conclusión de cambios diacrónicos específicos. Un ejemplo adecuado lo constituye la inscripción rúnica sobre un cuerno de oro hallado cerca de Callevus, al sur de Dinamarca, y que ha sido fechado en torno al 400 d. C. La inscripción reza:

*ek hlewagastiR holtijaR horna tawido*

[Yo HlewagastiR HoltijaR hice (el) cuerno] (Düwel 1968, pág. 28)

No puede haber duda alguna de que la lengua de la inscripción es germánica, ya que el antropónimo HlewagastiR, por ejemplo, puede ser analizado en dos temas, *hlewa-* procedente del protoindoeuropeo *\*klewo-* «fama» (cf. griego *kléos*, sánscrito *śrávas*) y *gastiR* del protoindoeuropeo *\*ghostis* «extranjero» (cf. latín *hostis* «enemigo»), y ambos son derivables de unos lexemas originales bien establecidos por medio de reglas que caracterizan a las lenguas germánicas (*\*k > h* y *\*gh > g* forman parte de la mutación consonántica germánica y *\*o > a* es otra evolución germánica típica). Al conservar la vocal *i* ante la consonante final, la lengua de la inscripción aparece más arcaica y más cercana, pues, el protogermánico que cualquier otro estado documentado de una lengua germánica (cf. gótico *gasts*, noruego antiguo *gestr*, alto alemán antiguo *gast*, todos procedentes del protogermánico *\*gastiz* «huésped»). La lengua de la inscripción parecería, pues, que pertenece a una forma muy temprana de un dialecto germánico poco diferente del propio protogermánico. De esta forma, esta muestra cuadra bien con el panorama que ya teníamos formado sobre la evolución de las lenguas germánicas.

Otros ejemplos de la justificación del método comparado pueden alejarse de la onomástica, es decir, cuando un primer testimonio de un nombre es comparado con los resultados de la reconstrucción. Sobre la base de, por ejemplo, inglés antiguo *æsh*, alto alemán antiguo, danés, sueco *ask*, alto alemán medio *asch* (masc.) / *esche* (fem.), bajo alemán *esch* «ceniza», se reconstruye para el protogermánico un tema en *-i* *\*askiz* «ceniza». Los topónimos con un primer elemento *ash* están bien atestiguados en el área de todas las lenguas germánicas y, según las reglas de la formación de palabras germánica, se espera que el primer elemento de un compuesto sea el tema desnudo desprovisto de indicador casual. Ahora bien, dicho tema *\*aski-* es precisamente el que hallamos por ejemplo en el topónimo *Asciburgium* (*Ashborough*), recogido por Tácito en el siglo I d. C. en territorio germánico.

Estos ejemplos del *poder de predicción* del método histórico ofrecen un provechoso medio de alcanzar el grado en que refleja



la realidad objetiva y su consiguiente valor como instrumento científico.

El hecho de que reconstruimos protosistemas, por otro lado, no debe llevarnos a suponer que nuestras reconstrucciones son definitivas o completas. Vamos a considerar por orden estos dos aspectos. Las reconstrucciones no son en absoluto hallazgos que van a retener su validez indefinidamente, sino que, como todo análisis, están siempre abiertas a una revisión como resultado de avances teóricos o la adquisición de nuevos datos. Nuestros puntos de vista respecto al protoindoeuropeo, por ejemplo, han cambiado sustancialmente durante los pasados cincuenta años, principalmente debido al descubrimiento del hitita y sus parientes cercanos, cuyos textos constituyen ahora los documentos más antiguos de cualquier lengua indoeuropea. La distancia entre el sistema del hitita del segundo milenio a. C. y el sistema protoindoeuropeo tal como fue reconstruido por los neogramáticos ha resultado ser mucho mayor que lo que podría explicarse fácilmente por medio del cambio lingüístico en el período de tiempo disponible y esto ha llevado a un replanteamiento de determinadas suposiciones básicas referentes a la naturaleza de los cambios prehistóricos dentro de la familia indoeuropea. En particular, se está preguntando en la actualidad si determinadas concordancias cercanas entre el griego y el sánscrito, que se consideraron que eran casos de herencia conjunta desde la protolengua pueden no ser, al menos en parte, el resultado de sendas evoluciones independientes.

Para volver a nuestro segundo punto referente al grado de conclusión de las gramáticas reconstruidas, aun si fuéramos capaces de establecer de una forma fiable que es lo que una gramática sincrónica debería contener, aún nos preguntaríamos qué áreas de la lengua son en realidad, incluso bajo las condiciones más favorables, accesibles a la reconstrucción. Sería correcto decir que podríamos esperar reconstruir con cierto grado de fiabilidad el sistema fonológico y los aspectos más centrales de la morfología flexiva y derivativa y de la sintaxis, junto con un léxico nuclear limitado, pero existen otras áreas de la lengua de las que tendríamos que seguir en una ignorancia

casi total. Una idea de la medida del problema quizá pueda obtenerse del ejemplo siguiente. La reconstrucción pionera del protoindoeuropeo de Augusto Schleicher culminó en 1868 con su publicación de una fábula compuesta en la lengua reconstruida. Su intento quedó en ridículo, pero ¿por qué? podemos preguntarnos. ¿No es razonable esperar que de la gramática de una lengua fuéramos capaces de construir mediante la misma oraciones gramaticales? Examinemos por lo tanto algunos problemas planteados por este texto reconstruido. La fábula reza así: «Una oveja, esquilada de su lana, vio a unos caballos, uno que movía una pesada carreta, otro que cargaba un gran fardo, un tercero que llevaba a un hombre velozmente. La oveja dijo a los caballos: «¡Me duele ver a un hombre guiando caballos!». Los caballos dijeron: «¡Escucha, oveja, nos duele ver que el hombre es el amo que convierte la lana de la oveja en una cálida prenda para sí y que la oveja ya no tiene lana alguna!». Al oír esto, la oveja echó a correr por los campos» (Hirt-Arntz 1939, pág. 144). Poca duda puede haber respecto a la reconstrucción de unidades léxicales como «oveja», «caballo», «lana» y el hecho de que nuestras formas con asterisco de hoy difieran ligeramente de las de Schleicher no constituye un obstáculo serio. No existen tampoco problemas básicos referentes a la formación de la tercera persona singular del perfecto del verbo «ser» y los participios de presente de «mover» y «cargar». Sin embargo, hay otros problemas más básicos como la elección de qué tiempo debería utilizarse, cuál debería ser la construcción para un complemento (oveja vio a un caballo cargando un fardo) y cuál debería ser la forma del pronombre relativo (por ejemplo, ¿debería seguir el modelo del latín y ciertas otras lenguas que emplean para este fin el pronombre interrogativo, o debería postularse un pronombre relativo distinto como en sánscrito? Y, lo que es más serio, ¿cómo se decide qué unidades léxicas se colocan en estas construcciones —en otras palabras, pueden establecerse para una protolengua restricciones selectivas? Y ¿qué es lo que determina la elección de unidades léxicas específicas? Así, la palabra escogida por Schleicher para «hombre» deriva de la palabra que significa «tierra», lo



que sugiere un significado «no divino» más que «no femenino», «me duele» está expresado como «el corazón se me angustia» en imitación de una construcción griega (cf. *Iliada* 6, 523-4 *tò d'emòn kêr ákhnutai en thūmō*, 14, 38-9 *ákhnuto dé sphī thūmōs enī stēthessin*). Sucintamente, está claro que existen muchos aspectos de la reconstrucción que son extremadamente tenues y es fácil tachar el intento de Schleicher de imprudente y por dejar de distinguir entre *langue* y *parole*. Pero aun cuando estamos de acuerdo en que la reconstrucción debe limitarse a la *langue*, ¿qué clase de reglas implica esta elección? No obstante, siempre que problemas básicos como éstos se tengan presente, una reconstrucción como la intentada por Schleicher podría parecer que es un ejercicio útil y perfectamente legítimo.

Para finalizar, la descripción del modelo neogramático que acabamos de ofrecer en las páginas anteriores contiene necesariamente cierto elemento de interpretación personal. Sería difícil evitarlo, toda vez que los criterios científicos neogramáticos están implícitos en la solución de problemas específicos con más frecuencia que lo que se confiera explícitamente. Además, la presentación sistemática de la gramática comparada fue, en su conjunto, deductiva, comenzando por la estructura hipotética de la protolengua y estableciendo después las reglas por las que podrían derivarse de ésta las formas de las lenguas históricas. Esta presentación tuvo como resultado natural la formulación de numerosas cuestiones. Sin embargo, lo que importa es que los principios, que subyacen a las reglas que establecieron para explicar la evolución prehistórica de lenguas determinadas, puede ser confrontados en la historia documentada de las lenguas y que las estructuras más tempranas postuladas sobre la base de estas reglas poseen un poder explicativo<sup>17</sup>, con respecto a

<sup>17</sup> Claro que la gramática sincrónica también reclama un poder explicativo para sus análisis, ya que explicita las relaciones estructurales entre formas coetáneas. Sin embargo, al menos en el plano fonológico, esto parece ser posible sólo a expensas de la considerable complicación de las reglas y de una cierta arbitrariedad en las formas subyacentes (véase, respecto del inglés, Chomsky y Halle 1968). Las protoformas y reglas diacrónicas de la lingüística histórica, del otro lado, se basan al

las formas irregulares de estados de lengua posteriores, mostrándose que la estructura de formas no motivadas sincrónicamente cuadran con las reglas sincrónicas de gramáticas anteriores. En realidad, si no fuera por los restos de gramáticas anteriores que se conservan como anomalías sincrónicas en las lenguas descendientes, hubiera sido imposible la realización de la gramática comparada de una familia de lenguas. Y viceversa, puede decirse que la mejor indicación de que una lengua pertenece a una familia dada es el hecho de que retenga, como irregularidades sincrónicas, reliquias de reglas productivas de gramáticas anteriores de esta familia de lenguas.

Es verdad que la preocupación de los lingüistas históricos por las formas irregulares sincrónicamente ha conducido con frecuencia en el pasado a un desprecio total de la estructura sincrónica, viéndose sólo los estados de lengua más recientes a la luz de los estados anteriores, desde donde aquéllos habían evolucionado, en vez de sometérselos a un análisis independiente. Es este aspecto en particular el que ha sido corregido en el acercamiento estructuralista a la Lingüística Histórica, que constituye el tema que vamos a considerar en el capítulo siguiente.

menos en casos plenamente documentados y generalizan a partir de éstos, en los que tanto la fuente como el sistema derivado están abiertos a inspección, de modo que la arbitrariedad aparece reducida a un mínimo.